

La Cuidadora.

(una historia de fantasmas)

ANIA: Madre ¿Por qué lloras? No llores, madre, te ha quedado tu vida
Para vivirla por muchos años.... Te ha quedado tu alma, tan buena y tan rica....

A. Chejov, "El Jardín de los cerezos")

Personajes:

LA SEÑORA

SVETLANA, la cuidadora, llamada Catalina

ROXANA, su hija llamada Cristiana

El fantasma de la hija de la Señora (interpretada por la misma actriz de Roxana);

El fantasma de la madre de Svetlana (interpretado por la misma actriz de la Señora)

A la valentía y el dolor de Anastasia.

1) SE INICIA EL PROGRAMA.

LIMPIAR BIEN EL SUELO, DESINFECTAR, PURIFICAR.

Un saloncito, una alacena, una mesa. Dos puertas que dan al salón, cerradas. Una ventana con las persianas cerradas.

A la derecha una jaula con un papagayo, a la que se han amarrado algunos cascabeles de niño.

La señora en su silla de ruedas, habla por teléfono.

Señora: Como de costumbre, un dolor de cabeza tremendo, es la estación. No, la estación dije. Cuando cambia el tiempo me llega el habitual dolor de cabeza. Sí, migraña ¿Y tú? ¿Todavía mal?... (Aburrida separa el teléfono de su oreja. Lo acerca de nuevo). Te has tomado tus pastillas. Sí esas amarillas no hacen nada... Ah, ah... Y las blancas dan dolor de estómago. Una tortura, sí... espera un momento...(dirige el teléfono hacia el papagayo) Di "muere" "Muere". Nada.

(Deja el teléfono sobre la mesa. Se acerca a la jaula.)

¿Tienes hambre? Espera...

(Trata de tomar de la alacena una caja de chocolate, ayudándose con un bastón. No lo logra.

Ruido en la puerta. Entra Svetlana, la cuidadora. Tiene varias bolsas en la mano)

Señora: Catalina, ¿eres tú?

Catalina: Sí Señora...

Señora: ¿Trajiste las semillas de zapallo para Amadeo?

Svetlana: Aquí están..

Señora: Dáselos inmediatamente, pobre pequeño. No come desde ayer (golpea las manos infantilmente feliz). Llegó la papa (a la mujer). Adelante, no tengas miedo, no te va a morder. Muerde sólo a mi hijo. Se lo enseñé yo. Apúrate, no lo hagas esperar. Toma tus semillas, pequeño. Bien, mira como los pela con su piquito. ¿Verdad que es simpático?... Catalina ¿verdad que es simpático?

Svetlana: Sí señora.

Señora: Tesoro, eres mi tesoro (mira el teléfono que dejó en la mesa, gesticula). Por Dios, mi amiga, me olvidé. Pon el teléfono en su lugar, Catalina. No, mejor dámelo. (Se hace pasar el teléfono y escucha sonriendo). Todavía está esa tipa no se ha dado cuenta de nada. Continúa hablando como un tren (a la amiga) "Sí, una experta para el estómago,... sí, es una tortura, lo sé... de acuerdo querida, cuídate. También yo, chao, chao "(le hace un gesto a Svetlana que toma el teléfono y lo coloca en su lugar). Estas viejas recelosas, siempre se lamentan. Me duele esto, me duele esto otro. Jamás un argumento interesante. Si todavía tuviera mis piernas, les haría ver. Todavía tengo la energía de una persona de cuarenta años, ¿qué crees? En cambio así, ¿qué puedo hacer? ¿Sabes Catalina, que me aburro mucho? Todos los días lo mismo. El mismo sillón, el mismo espectáculo. La misma fila. Jamás cambia algo (al papagayo) ¿Tú me entiendes verdad? Estamos enjaulados los dos. ¿No dices nada, tampoco hoy? ¿Ni una palabrita? ¡Nada! ¡El silencio del prisionero! (a la mujer) ¿Fuiste a la ferretería por las ventanas?

Svetlana: Me olvidaba. Me dijo que debía darle estos folletos (se los pasa). Son todos los modelos que hay.

Señora: Bien (lee) "Persianas automáticas"... Sí, me gusta. Se cierran desde el interior. Parecen seguras... ¿Cuándo pueden venir a instalarlas?

Svetlana: El jueves.

Señora: Perfecto. Anótalo entre las cosas que hay que hacer. (Svetlana saca de su bolsillo una pequeña libreta, y anota con su lápiz). Bien, ahora empieza con tu programa. (Svetlana comienza a limpiar. La Señora husmea el ambiente. ¡Que hediondez! ¿La sientes? (también Svetlana husmea) ¿Qué has pisado? Parece olor de caca de perro. Muéstrame los zapatos. (Svetlana obediente muestra las suelas de sus zapatos)

No, no parece. Espera, sí aquí. Mira ¿no te diste cuenta de haberla pisado?

Svetlana: No señora.

Señora: Anda inmediatamente a limpiarte, o si no la repartes por todas partes. No soporto los zapatos sucios. Traen mala suerte. Esta ciudad es un asco. Degradación e inmundicias. Hediondez que sube. Si me asomo a la ventana, veo un panorama humano revuelto. Gente que duerme en la calle en medio de los sacos de basura. Desde aquí parecen enormes globos negros a punto de explotar... de todas formas trae suerte... ¿Entiendes Catalina? Se dice que trae buena suerte... ¿Dónde estará la buena suerte?... ¡AH! Vox pópulis. Es un dicho popular.

Svetlana: Iba apurada y no me di cuenta.

Señora: ¿Y por qué andas apurada, hija mía?

Svetlana: No quería dejarla sola.

Señora: ¿Y qué piensas que me puede pasar, que me caiga de la silla?

Svetlana: Su hijo me dijo eso..

Señora: Ese chancho...(Al papagayo). Aprende "chan-cho" (el papagayo mudo). Pero,
¿No ha telefoneado esta mañana, mientras yo dormía?

Svetlana: No.

Señora: A esta hora ya habrán llegado a América, podría por lo menos hacerme una llamada.

Svetlana: No diga eso, él es gentil, siempre se preocupa...

Señora: ¡Gentil! ¿Sabes qué tuvo el coraje de decir el otro día?. Mostró la cómoda, esa antigua de roble y dijo: “estaría muy bien en nuestro dormitorio”. En su dormitorio ¿has entendido?

Svetlana: No señora. (Svetlana recomienza a limpiar el suelo)

Señora: ¡Entonces, no entiendes nada!. Intentaba decir después de mi muerte. Es hermoso decírselo a una madre. El y mi nuera giran a mi alrededor como buitres, esperando el momento que cerraré mis ojos para siempre. Les dejaré una fortuna, pero no, ellos quieren más. Yo sé lo que quieren. Pero no las encontrarán jamás. Quieren las joyas, pero las he escondido. Quedarán enterradas junto a mí. (Se acerca a la jaula). Come, come Amadeo. Bravo, mi tesorito.

(Suenan el teléfono) ¿Y, qué pasa?

Svetlana: Nada.

Señora: ¿Cómo nada? Es una música ..trin-trin-trin..

Svetlana: Es un teléfono.

Señora: No suena el teléfono de la casa ¿entonces es tu celular?

Svetlana: Sí, pero lo dejo sonar.

Pausa, de nuevo el sonido del celular

Señora: Empieza otra vez, pero, ¿Qué no saben que estás en el trabajo?

Svetlana: Y que...

Señora: ¡EH!....

Svetlana: Yo estoy siempre en el trabajo.

Señora: Dale, contesta, si no enloquecemos.

Svetlana: Aló,(en voz baja, en tono confidencial). Títo, ahora no puedo... no llores títo. Te iré a ver pronto, pero no me llames, te llamo yo. Sí, bien. Chao.

Señora: ¿Qué quería el títo? ¿Tienes un tío?

Svetlana: Es el caballero donde trabajaba antes... Sigue llamándome...

Señora: ¿Tiene tu número?, ¿por qué se lo diste?

Svetlana: Me da pena. El problema es que me llama a toda hora, también de noche, a las seis de la mañana. Dice que le recuerdo a una mujer que conoció en Rumania. Está convencido que soy ella.

Señora: ¿Por qué no cambias de número?

Svetlana: No lo sé... siento lástima.

Señora: Todavía no sé si eres muy buena o muy tonta. Que tal vez sea lo mismo. Deberías desalentarlo, Catalina. Darle el número fue una tontera. ¿Qué querrá verdaderamente el tío?. Hazte la amable, hazlo...hazlo, así te encuentras con una cuchillada en el estómago. Por lo demás, cuando trabajes, apaga eso. Mi amiga tiene un albanés que está pegado al teléfono. Debe ser porque este aparato llegó a su país con retraso, y han descubierto sólo ahora... No soporto ese sonido: trin..trin.trin y Amadeo tampoco lo soporta. Dale. Apágalo.

(Svetlana duda)

Svetlana: En verdad....espero que me llame mi hija.

Señora: ¿Quién?

Svetlana: ¡Acuérdese que hemos decidido que Cristina se quedará con Usted en la noche mientras su hijo esté afuera!

Señora: Yo no he decidido nada.

Svetlana: Su hijo...

Señora: Ya, él hace y deshace. Yo no cuento..¿Y por qué no te quedas tú?

Svetlana: No puedo, tengo a mi marido.

Señora: Se trata sólo de un par de meses..

Svetlana: Por lo demás, ya no lo veo nunca. En las mañanas estoy con Usted, en las tardes donde otra señora. ¿Cómo haría solo sin mí?

Señora: No me gusta tener una extraña en casa.

Svetlana: Es una buena muchacha.

Señora: Dicen siempre así. Es una buena muchacha, tiene ganas de trabajar, y después... He conocido tantas que parecían perfectas al comienzo. Pero yo siempre he tenido mis estrategias. Las desgastaba. Apenas descubría el punto débil ¡Zac! No le daba tregua. Al final la verdadera naturaleza siempre aflora. Había una que se miraba y remiraba al espejo. La que quería ir de compras para mirar los negocios. La que hacía desaparecer las cosas del refrigerador. Hubo una que llegó a robarme la taza azul del té. Una manía, robaba todo, incluso el papel higiénico. Y después encontraba siempre los cajones abiertos. Buscaba dinero ¿entiendes?. A veces lo buscaba entre los libros de la biblioteca. Pero yo no eché nunca a nadie, eran siempre ellas que se iban... ¡Des-gas-te!... Yo estoy aquí sentada en mi silla, en primera fila y observo el espectáculo. Mejor que un reality show. Observo y espero.

Antes o después son ellas a ceder. Las negras siempre hablando en lenguas absurdas. ¿Y en el comer?... O muy soso o muy picante. ¡A lo mejor brócolis hervidos!. Nunca una salsa hecha en la casa, nunca pasta. La que estuvo antes que tú me regaló una máscara. De su país, ¿la quieres ver?

Svetlana: Ya me la mostró.

Señora: Abre el cajón, ábrelo. Sácala....

(Svetlana saca una máscara africana). ¿Ves que fea es? ¿Qué tienes, te da miedo?. Dicen que se pone en la cara de los muertos para alejar los espíritus malignos. Lindo regalo para una anciana, hay que tocar madera. Yo digo: tráeme un ramo de flores ¿qué hago con una lámpara?. Pero se lo agradecí, pobrecita, a su manera quería ser amable. Pero entretanto me hacía desaparecer las joyas. Primero un anillo, después dos. Ahí tuve que echarla. Después supe que murió, parece que precisamente se mató. No por mi culpa. Era extraña. Había inventado que mi marido la acosaba. Piensa, no las negras no sirven, son muy diferentes a nosotros.

Svetlana: Mi hija es amable. Le servirá.

Señora: ¿Has dicho que sabe peinar, no?

Svetlana: Sí, es buena. Su sueño sería llegar a ser peluquera.

Señora: Bien, veamos. Si es buena la recomendaré a mi amiga, aunque cabellos esa tiene bien pocos. Justo dos mechones raquíuticos, teñidos y reteñidos. Parece la caricatura de un perrito con esas pelusas violetas... pero yo soy una jueza severa. Si no me gusta, lo digo inmediatamente. No hago caridad.

Svetlana: Lo sé..

Señora: ¿Cómo me veo, hoy, Catalina?

Svetlana: Muy bien, señora.

Señora: Eres una mentirosa. ¡Espejo!

(Svetlana corre a traerle un espejo y un pequeño nécessaire (beauty case). La Señora se contempla)

Señora: ¡Como que bien!, mira mi piel. Parezco un cadáver. ¡Polvos!

(Svetlana se coloca los polvos)

Señora: ... ¿y tal vez, un poco de colorete?

(Svetlana le pone el colorete)

Señora: Sí, así. Un poco menos. Mucho te hace vulgar. No hay nadie que me vea, estoy sola todo el día. Pero es una cuestión de dignidad. No soporto el desaliño o el exceso. También en el negocio, jamás permití que mis empleadas estuvieran

desordenadas o muy vistosas. Las enviaba inmediatamente a lavarse la cara con jabón.

(Svetlana ordena el *necessaire*. La señora la observa críticamente).

Señora: Pero tú, Catalina, ¿no te arreglas nunca el pelo?

Svetlana: No tengo tiempo, señora..

Señora: ¿Por lo menos, lo cepillas?

Svetlana: Sí.

Señora: Bueno, hace tiempo que trabajas acá. ¿Cuántos años tienes, hija mía?

Svetlana.
Cuarenta, señora.

Señora: Demuestras sesenta. Pareces la personificación de la tristeza. ¡Por qué no te arreglas querida? Deberías hacerlo. Aunque una no sea, como decir, una belleza, por lo menos debe estar limpia y ordenada. Tu eres limpia, pero... Por Dios... esos cabellos. Tal vez deberías ponerte un sombrerito, como se dice, una toca. Mi amiga hace que su camarera lleve una toca, es una coreana. Tiene dos. La albanesa hace la limpieza, la coreana sirve la mesa. Piensa que es elegante. Pretende ser una señora bien, aunque no tiene nada de clase. Ella y el marido, son nuevos ricos y basta. Guantes blancos y toca para la camarera y se siente la princesa de Mónaco. ¡Bah!. A mi me impresiona ver a estos orientales, éstos filipinos vestidos como monos. Pero a ti te vendría bien. ¿Qué dices?

Svetlana: Como quiera señora.

Señora: Sí, una toca. Te haría ver más agraciada. Cómprala donde Barbieri, y que la carguen en la cuenta... ¿Cómo estás con el programa?

Svetlana: Terminé con el salón. Ahora haré el baño, después la cocina, después su pieza.

Señora: Te encargo, acuérdate de usar paños distintos. Rosado para sacar el polvo de los muebles, amarillo para el baño, verde para la cocina. No soportaría que limpiaras mis tazas de té con el mismo paño que el excusado.

Svetlana: Lo sé, señora. Quédese tranquila.

Señora: Bien, Catalina. Cuando tú llegas, todo empieza a respirar de nuevo. A veces esta casa es muy sofocante.

Svetlana: Porque no me deja nunca abrir las ventanas

Señora: Nunca se sabe que cosa puede entrar, smog, insectos, larvas humanas.

(Pausa. La Señora se acerca al armario, lo toca con el bastón)

Señora: ¿Qué dices? ¿Le echamos una miradita?

Svetlana: Verdaderamente Señora, ya lo hicimos ayer.

Señora: Ayer las limpiamos. Vamos, sólo un ratito. Sácalas.

(Svetlana va al armario y saca varias cajas. Saca un par de zapatos).

Señora: Mira, que perfumado es el cuero. Pon tu nariz. Este es cuero, fuerte, de calidad, no como los zapatos que hacen ahora. Nada de aditivos y pegamentos. Tienen la planta patentada. Sus pequeñas obras maestras. Mi padre, cuando comenzó los vendía en la plaza. Partimos así, de la nada. Durante la guerra lo perdimos todo y lo reconstruimos... ¡Fue un gran trabajo! A veces pienso que cada dos generaciones sería necesaria una guerra, para distinguir entre las cosas importantes y los vicios. Estos jóvenes no saben qué quiere decir el miedo, la pobreza, el sudor. Es una sociedad acomodada, Catalina. Mi padre tenía pasión por los zapatos. Los revisaba uno a uno. Mira, mira que línea. Con una correcta, en cuero, en gamuza. Toda mi historia está aquí adentro. Cuantos recuerdos !Yo soy estos zapatos, Catalina! Este se ha arruinado un poco. La negra me los limpiaba con productos químicos, entiendes, es una locura, cada cuero necesita un cuidado diferente. Los zapatos de charol, no deben escobillarse, se limpian con un paño blando y con una esponja empapada con leche y después se secan con un pañuelo limpio. La leche también sirve para los de cuero. Los ablanda y se obtiene una limpieza perfecta. (Se interrumpe de golpe cuando Svetlana levanta unos zapatos rojos) Ah, esos no. No los saques. Déjalos en la bolsa.

(Pausa, la Señora husmea el aire)

Sigo sintiendo ese olor raro. ¿No lo sientes tú también?

Svetlana: No señora.

Señora: ¿Viene del baño? Tenemos que revisar también eso. Recuerda de llamar al gásfiter y a la Ferretería. Ahora voy a mi pieza... No deja, voy por mi cuenta... Ahora engrano la marcha... (acciona la silla de ruedas); ¡Que trampas! ¡Si tuviera mis piernas, ahora! (se detiene). Si mi hijo llama, dile que salí. No, que me morí. Quisiera ver la cara que pone. ¡Que se olvide la cómoda esa!. O dile.."espere en línea", deja el teléfono, y termina de hacer la limpieza.

Svetlana: ¿Sin volver a cogerlo?

Señora: Pero sí, déjalo esperar. Después de todo paga él.

Svetlana: ¿Y no tengo que llamarla?

Señora: Por cierto que no. Por ninguna razón. Dile lo que me dice su secretaria cuando lo llamo a la oficina. ¡Que tengo una reunión importante!

(La Señora se ríe y se encierra en su pieza. Svetlana queda sola. Vuelve a poner los zapatos en sus cajas. Suena el teléfono celular)

Svetlana: ¿Aló?... Si tío, yo también te quiero.

(Husmea el aire. Mira nuevamente la suela de sus zapatos. Toma el balde y el escobillón. Va a la cocina)

2) PREPARAR EL TÉ

(Después de un poco, golpea la puerta la hija Roxana. Entra, tiene en la mano una maleta. Está encinta)

Svetlana: Ti am spus sa fili punctuda. E trecut de unsprezece. (Te pedí que fueras puntual. Son más de las once). Menos mal que la señora no se dio cuenta de la hora. Precisamente el primer día.

Roxana: M-mam sa manare un sadvis. Mi-eso foame. (Me detuve a comer un sándwich, tenía hambre).

Svetlana: ¿No comiste nada al desayuno?

Roxana: Tenía de nuevo hambre. ¿Dónde está?

Svetlana: Está reposando.

Roxana: ¡Que hediondez de viejo!

Svetlana: No hagas ruido...

Roxana: ¿No se puede abrir una ventana?

Svetlana: La señora no quiere.

Roxana: ¿Cuál sería mi pieza?

Svetlana: Esa.

Roxana: ¡Fantástico! Parece la despensa.

Svetlana: ¿Qué necesitas?. Te sirve sólo para dormir.

Roxana: Un e nici macar un televizior. (No hay siquiera televisión)

Svetlana: No empieces. Agradece al cielo que te encontré este trabajo.

Roxana: ¿Y qué hago aquí?

Svetlana: Sólo tienes que cuidarla. Peinarla, ver si en la noche tiene necesidad de algo.

Señora: (Desde su pieza) ¡Catalina!

Svetlana: Sí.

Roxana: ¿Catalina?

Señora: Tráeme un té bien caliente.

Svetlana: Inmediatamente señora.

Señora: Sin limón. Atención y sin azúcar. El otro día le pusiste azúcar, era imbebible.

Roxana: ¿Catalina?

Svetlana: Ella me llama así.

Roxana: ¿No sabe que te llamas Svetlana?

Svetlana: Dice que es muy difícil.

Roxana: ¿Me cambiará el nombre también a mí?

Svetlana: Ya le dije que te llamas Cristiana.

Roxana: No me llamo Cristiana.

Svetlana: Roxana no lo pronunciaría bien. Así se llamaba tu abuela paterna.

Roxana: Nunca la conocí.

Svetlana: No te has perdido de mucho. (Escupe en los nudillos de las manos). Esa mujer era una bruja y, que en paz descance.

Roxana: No me gusta llevar el nombre de una muerta.

Svetlana: Es más simple. Espérame aquí. ¿Quieres un té?

Roxana: Si no hay nada más.

Señora: ¡Catalina!

Roxana: ¿No hay pan? ¿Mermelada?

Svetlana: Tengo galletas en la cartera. ¡Tómalas!

Roxana: No como galletas.

Señora: ¡Y Catalina!! ¿Cuándo llega el té?

Svetlana: Inmediatamente.

Señora: Al menos, contesta! ¿Quién está? ¿Con quién hablas?

Svetlana: Llegó mi hija, Señora. Cristiana.

(Ruido de silla de ruedas mecánica)

Roxana: ¿Qué es ese ruido?

Svetlana: Es ella, se traslada en....

Roxana: ¿Anda a motor?. Parece una película de terror.

(Entra la señora)

Señora: ¿Así que tú serías la peluquera? Gírate. Muéstrate bien (se coloca los anteojos) ¿Me equivoco o estás encinta?

Roxana: No he comido mucho, no.

Señora: No me lo habías dicho Catalina. A mi hijo tampoco se lo dijiste.

Roxana: No es un problema Señora.

Señora: ¿Cuándo debe nacer el niño?

Roxana: Dentro de tres meses, más o menos.

Señora: Y si se siente mal de noche ¿qué hago? ¿La partera, a mis años?... No, no me gusta.

Roxana: No me sentiré mal, señora.

Señora: ¿Y dónde está el padre? ¿El padre del niño?

Svetlana: (Inmediata). Está en Rumania. Trabaja allá, vendrá en un mes.

Señora: ¿No pensarán venir los dos aquí?

Svetlana: No, señora.

Señora: Yo no soy el hotel de los pobres.

Svetlana: Vendrán a nuestra casa. Yo y mi marido estamos contentos de tenerlos.

Señora: Aquí hay sólo esa pieza. ¿Te sirve?

Roxana: Es pequeña.

Señora: Sí. La dividí en dos: cama y pieza del planchado. Es más práctico. Paredes de madera prensada. También la otra muchacha estuvo ahí. No se lamentó nunca. Si te sirve, es lo que la casa ofrece.

Roxana: Está bien.

Señora: No tenemos que encontrarnos mucho. Yo soy autónoma, no soy como esas viejas que se orinan. No tienes que cambiarme los pañales, más aún, no me debes ni tocar ¿entiendes? Hago todo por mi misma. Sólo tengo necesidad que alguien me haga el té. No debemos ser amigas.

Roxana: Perfecto.

Señora: Hazte ver. Tienes una bonita cara. No parece tu hija, Catalina. Sí, una bonita cara ¿ya sabes si es un varoncito?

Roxana: No.

Señora: Yo tuve dos. Un hombre y una mujer.

Roxana: ¿Viven aquí en la ciudad?

Señora: El hombre vive en el piso de abajo. Por ahora están de viaje con su mujer. Fueron a América a una "Convention", así se dice. Heredó la empresa de mi padre. Calzado. La Fábrica de Zapatos Franzoni; tal vez has escuchado hablar...

(Roxana levanta los hombros)

Señora: También su mujer hace algunos meses estaba encinta, pero después perdió el niño. Ahora está deprimida. La verdad es que siempre ha estado deprimida. Continuos llantos (en tono de confidencia). Es siciliana... Una emotiva. Una buena muchacha a pesar de todo. Pero esos llantos ensordecedores así: (imita) ciertos sollozos, en voz alta, ruidosos, como el rebuzne de un burro. Y las mujeres son unas estúpidas sentimentales... Nos llega todo desde abajo, por las tuberías.

Roxana: ¿Y su hija, ¿tiene niños?

Señora: Catalina, ¿llega este té?

(Una pausa, la Señora escudriña a Roxana, después talla)

Señora: Sigo sintiendo olor a mierda. ¿ No es que también tú has pisado caca de perro?

Roxana: No.

Señora: No hay nada de mal a veces uno no se da cuenta. Muéstrame los pies.

(Roxana queda inmóvil)

Señora: ¿Entonces?

Roxana: No.

Señora: ¿No, qué?

Roxana: Le digo que no la he pisado.

Señora: Ya.

(Pausa)

Señora: ¿Estás segura? Otro hermoso regalo de la vejez. Siento olores por todas partes. Me parece sentir siempre un olor dulzón, ese que tienen las flores que se pudren. El que tienen los cueros cuando se curten. ¿Sabes cómo se curten los cueros?. Ciertamente que no. Ustedes los jóvenes no saben nada. Se colocan las planchas calientes para el secado. Después se barniza el cuero. El olor me quedó en la nariz desde niña.

(Pausa, Roxana mira al suelo, incómoda. La Señora se traslada en su silla)

Señora: Tal vez es el detergente que tiene ese olor. Quizás qué le ponen dentro.

Roxana: (Susurra) Tal vez es ella que se hizo

Señora: ¿Cómo?

(Entra Svetlana. Mira con cara de perro a Roxana.)

Svetlana: Aquí está el té señora.

Señora: ¿Por qué esta taza?

Svetlana: ¿Qué hay que no va?

Señora: Yo tomo siempre el té en mi taza azul. No logro tomarlo en éstas. Ya deberías saberlo.

Svetlana: No las encontré.

Señora: ¿No las habrás tomado tú?. Todos tratan de llevárselas. Es una obsesión.

Svetlana: No. Miraré mejor.

Señora: Las pusiste ahí. Espera, en el aparador. (Le toma un brazo mientras pasa). La muchacha, ¿Ya sabe las condiciones?

Svetlana: Sí, le dije todo.

Señora: Bien, (a Roxana) ¿Esa es tu maleta?. Menos mal. No tienes muchas cosas. Las puedes poner en tu pieza.

Roxana: ¿Y dónde? Perdona, entra sólo la cama.

Señora: Si no alcanza, usa este armario. Todavía están los vestidos de la otra muchacha, la negra. A la izquierda. Los de la derecha (acompaña las frases con amplios gestos para precisar "izquierda" o "derecha", con el plástico, déjalos. Si te gustan los vestidos de la negra, a la izquierda, puedes tomarlos o si no botarlos. Haz lo que te parezca. Los dejó cuando se fue. Hace muchos años. Apurada y enojada.

Roxana: (En voz baja a Svetlana) ¡Por qué habrá sido!

Svetlana: Shh

Señora: Era una ladrona. Trató de robarme las joyas. Después se mató. Tal vez se avergonzaba. La encontraron en la tina de baño, muerta. En un lago de sangre. Se cortó las venas. Se veía que estaba atormentada. Anda a entenderla. Me había regalado una máscara. Muéstraselas Catalina.

(Svetlana muestra la máscara. El papagayo se agita en la jaula)

Roxana: ¿Dios, qué es?

Señora: ¿Te asustaste? Es Amadeo. No debes preocuparte, es bueno. Muerde sólo a mi hijo. Lo enseñé yo.

Roxana: ¿Es un papagayo?

Señora: Observación aguda. Me lo trajo mi marido, que en paz descansa, de uno de sus viajes, creo que fue de Ecuador. No habla, grita. Traté de enseñarle groserías, pero no quiere saber nada. Repite "pe -lo-tu-do" ¿Viste?... Nada. Cada cierto tiempo lo libero de noche. Se come los zancudos. A veces del jardín, suben pequeñas lagartijas. También se las come.

Roxana: Pero los papagayos no son... no comen carne....

Señora: ¡Este sí! Deberías ver con qué apetito. Un espectáculo (Svetlana le sirve el té en la taza azul). Bien, la encontraste. Optimo este té Catalina. Es la única que sabe hacerlo bien. Si tú no estuvieras ¿quién me cuidaría? Eres como una hija...

(Roxana hace gestos de insoportabilidad)

Roxana: Entonces, me llevo mis cosas.

Señora: Vamos, dejémosla trabajar ahora o Catalina se enoja. (Golpea alegremente las manos). Hay un programa que respetar. ¿Sabes una cosa, querida? Pienso que es el detergente que parece caca. ¿Por qué no usas otro en la sala?... Es un olor insoportable (Mira a Roxana). Tiene algo de viejo.

(Desaparece en su pieza, Svetlana le pasa una taza de té a su hija)

Svetlana: Beh, ¿por qué tienes esa cara? Toma tu té, y empieza a colocar tus cosas.

Roxana: No sé cuanto resistiré aquí..

Svetlana: ¿Tienes alguna alternativa? ¿eh? ¿Tienes alguna elección?

Roxana: ¿Por qué le dijiste que tenía alguien en Rumania?

Svetlana: ¿Quieres que pensara que te quieres quedar en su casa? ¿Qué eres una persona sola y desesperada?

Roxana: ¿Te avergüenzas de mí? No tengo problemas en decir la verdad...

Svetlana: ¡La verdad! Muchachita aprende más bien a tener la boca cerrada.

Roxana: ¿Qué tienes en los labios?

Svetlana: Nada.

Roxana: Daci te mai bate il omor (Si te golpea, yo lo mato)

Svetlana: Te digo que no ha sucedido nada.

Roxana: Un día u otro te mata, entiende. Está todo el llenándose de cerveza, mirando la televisión. Y tú te rompes la espalda trabajando.

Svetlana: Se ve que me lo merezco.

Roxana: ¿Qué te mereces?

Svetlana: Ustedes dos.

Roxana: A lo que te has reducido.

Svetlana: No me hables así.

Roxana: Mírate las manos.

Svetlana: ¿Qué tienen mis manos?-

Roxana: Prefiero estar muerta que ser como tú. Si piensas que porque tengo este niño terminaré como sirvienta, te equivocas..

Svetlana: No digas cosas feas del niño (se escupe los nudillos). Trae mala suerte.

Roxana: ¿Entiendes que no me importa nada este niño?. Me has obligado a tenerlo, pero yo lo odio.

Svetlana: No sabes lo que dices.

Roxana: ¿No sabes cuántas veces rogué perderlo? Corrí, salté, me golpeé el estomago.

Svetlana: Cuando lo tengas en los brazos, cambiarás de idea.

Roxana: ¿Por qué no me dejaste abortar?

Svetlana: Lo escondiste a todos y cuando lo descubrí, ya era tarde. Si hubieras confiado en mí, tal vez habríamos podido hablar, tratar de entender lo que era mejor. Pero, ahora, basta de tonteras y anda a poner tus cosas en el armario.

Roxana: Odio este lugar, esa vieja bruja y su papagayo carnívoro.

Svetlana: Sí, sí. Anda. Ya es mucho que haya podido salvarte de tu padre. Por ahora, es lo mejor que podía pasar.

Roxana: (Abre el armario). Los vestidos de una muerta. Esto me da escalofríos.

Svetlana: Apúrate en guardar tus cosas.

Roxana: ¿Y estos otros, en el plástico? Esos (imita exagerando el gesto de la Señora) ¿de quién serán? ¿Este traje de novia?. Tal vez son suyos, de cuando era joven, hace un siglo... ¿Qué hay en estas cajas?

Svetlana: Zapatos. La señora tiene muchos. Tenía una empresa. Algunos son nuevos, nunca se los ha puesto.

Roxana: Una maniática de los zapatos. Una psicótica.

Svetlana: ¡No los saques! Recién los ordené.

Roxana: Usa un número más que el mío. Mira aquí, botas de montar. (Ve los zapatos rojos)... Estos están rotos...

Svetlana: Déjalos. Te enseñaré cómo hay que lustrarlos. La señora me los hace limpiar cada dos o tres días. Le gusta verlos brillar.

Roxana: O fi nevasta sfantului Nicolae) ¿Será la mujer de San Nicolás? (Las dos mujeres explotan riendo) Me la imagino que trae los dulces, volando en su carroza, como un gran vampiro.

Svetlana: Sfantului Nicolae (suspira). Cuando era chica debía llegar San Nicolás, limpiaba los zapatos hasta que me salían callos en las manos. Después los ponía en la ventana y esperaba que él dejara los caramelos. Pero éramos tan pobres que no encontraba jamás los caramelos, entonces algunas veces, mi mamá nos ponía una papa o una cebolla, y me decía que yo y mi hermano, tu tío, nos habíamos portado mal. Lo decía bromeando, pero después yo lloraba en mi pieza, pensando que habría hecho de terrible para recibir una papa cocida en cenizas. Por eso siempre te he puesto bizcochos en tus zapatos... ¿Te acuerdas?

Roxana: No eran bizcochos, eran galletas. No tenían gusto a nada. Desde entonces no puedo comerlos. (Sigue revisando el armario) ¿Qué hay aquí?. Veamos, fotografías..(Toma algunas en sus manos). Esta debe ser ella joven. Y esta muchacha será la hija.

Svetlana: ¡No toques nada!. Cierra el armario. No le preguntes nada a la señora. Debemos ser invisibles.

Roxana: Como fantasmas.

Svetlana: Voy a limpiar el baño. Es el programa.

Roxana: Mamá.

Svetlana: ¿Qué hay?. (Roxana no contesta). Nada.

(Svetlana va al baño. Roxana entra a su pieza. El papagayo se agita en su jaula)

3) DESINFECTAR EL BAÑO.

(Es de noche, Roxana sale de su cuarto, se acerca a la jaula del papagayo, verifica que esté dentro, después abre el armario, saca una caja, mira las fotografías)

Roxana: (¿Cine esti tu?) ¿Quién eres tú?

(Un grito. Desvuelve rápidamente las cajas al armario. Una fotografía cae al suelo y ella no se percata. Golpea en la puerta de la Señora, la abre, la Señora está visiblemente trastornada)

¿Qué hay?

Señora: Hay alguien en mi pieza.

Roxana: ¿Alguien? ¿Qué?

Señora: Entró algo desde el jardín. Es enorme. Toma la escoba.

Roxana: No, no... Me da asco.

Señora: Tómala, te dije. Pero, debes estar atenta, son pillos. Te miran con esos ojos pequeños y tratan de convencerte. Estoy aburrida de escucharlos ¿entiendes? Cada noche lo mismo.

Roxana: ¿Pero, de qué está hablando?

Señora: ¿Cómo de quién?. De ellos..

Roxana: ¿Los lagartos?

Señora: Han crecido. Ahora son así...

Roxana: ¡AH!

Señora: Verdes, como gusanos. No como vainas de legumbres llenas de baba. Están cambiando, ¿entiendes?. Dentro de poco tomarán su forma definitiva.

Roxana: ¿Pero quiénes son?

Señora: Marcianos.

Roxana: ¿Marcianos?

Señora: Sí, sólo que se presentan como lagartos. Para engañarnos. ¿Entiendes?

Roxana: Sí.

Señora: ¿Sí, qué?. Dices sí, pero no has entendido nada. Piensas que estoy loca ¿lo ves? Mira debajo de la cama.

Roxana: Ahí, no hay nada.

Señora: ¿Segura? Se puede haber escondido.

Roxana: Nada.

Señora: Y en el baño. (Roxana mueve la cabeza). ¡Hazme un té!

Roxana: Son las tres de la mañana.

Señora: Y ¿entonces?...Quiero un té, ahora.

(Roxana resopla, va a la cocina)

Señora: Saben que quiero sellar las ventanas, tienen su sistema para comunicarse y han cambiado estrategia, suben por las cañerías del excusado. Por eso debo mantenerlo tapado, ¿entiendes?

No hay que darles ninguna posibilidad de entrar.

Roxana: (Se asoma)

Por favor no suelte el papagayo.

Señora: ¿Por qué no?

Roxana: Me da miedo.

Señora: Amadeo no da miedo, es bueno.

Roxana: Creo que su papagayo está enfermo. Tiene todas las plumas enredadas.

Señora: Amadeo es muy sensible, entiende todos mis estados de ánimo. ¿Controlaste el excusado?

Roxana: Sí, se lo dije, la tapa está abajo.

Señora: Son pillos. A veces se esconden en el estanque y esperan la noche para subir. Un momento de distracción y arriba. Debes estar atenta porque podrían entrar dentro de ti mientras estar sentada, y entonces sería un peligro también para el niño.

Roxana: Tal vez podríamos echarles un poco de ácido.

Señora: ¿De ácido?

Roxana: En el excusado.

Señora: (Fascinada) ¿Piensas que funcionaría?

Roxana: Sí, creo que sí. Creo que los tendría alejados.

Señora: Fantástico. Bien Catalina.

Roxana: Soy ... la otra, Cristiana..

Señora: Sí, bien, el ácido. Mira bajo el lavatorio.

Roxana: Hay esto...

Señora: Anda a echárselo.

Roxana: ¿Ahora?

Señora: Fuerza ¿hecho?

Roxana: (Va a echar el producto en el baño)
Sí.

Señora: (Aplaudes, complacida). Quisiera ver sus caras. Seguramente no se lo esperaban. Pero no cantemos victoria. Volverán y nosotras tenemos que estar preparadas. Están muy cerca, pero no los vemos hasta cuando entran. Toman nuestras almas.

Roxana: El té...

Señora: Bueno, mejor que el de Catalina.

Roxana: Mi abuela en Rumania, siempre me pedía que lo preparara.

Señora: En mi taza azul. Aprendes rápido. Pásame un chocolate, no alcanzo... Están allá en el aparador.

Roxana: Pero... ¿no le hace mal?

Señora: ¿A qué? A mi edad no será el chocolate que me matará. No me los como todos. Lo divido por mitades, así duran más. Son costumbres de tiempo de guerra. ¿quieres uno? (Roxana está por tomarlo) Esos amarillos envueltos en papel, los ha mordido Amadeo.

Roxana: (Deja el chocolate) No, gracias.

Señora: Ahora me siento mejor.. Vuelve a dormir.

Roxana: No estaba durmiendo.

Señora: ¿Tú tampoco puedes?

Roxana: Hace calor en la pieza. Y después... no encuentro más una posición cómoda.

Señora: ¿Se mueve?

Roxana: No se mueve. Sólo algunas noches.

Señora: También mi hijo se movía de noche, muy molesto. La niña no, parecía más tranquila...

Roxana: ¿Dónde está ahora su hija?

Señora: Todos me decían que esos movimientos eran signos de gran vitalidad. Puras tonterías. Mi hijo es uno sin energía, nunca lo soporté en la barriga. Mi hija estaba tranquila, inmóvil. En cambio era ella la más inquieta. Es la demostración que son puras tonterías. Ahora es mi niño. ¿Ve? Le di a Amadeo, sus juguetes. Debería tenerlos mi nieto, pero no nació. Entonces vale la pena que él se los goce. Le gustan sobre todo los cascabeles y las cajas de música. (Pone a funcionar una caja de música, pegada a la jaula. (Suenan unas canciones))

Roxana: ¿Puedo darme una ducha?

Señora: ¿A esta hora? (Roxana levanta los hombros) Está bien. Lamentablemente hay sólo un baño, tenemos que dividirlo. Si vas a tu pieza, encontrarás en el velador productos de ase, jabón, espuma, esas cosas. Son de la muchacha de antes. Ahora esos son tuyos y que no se confundan con los míos. Tratemos de no derrochar mucha agua. El agua caliente, cuesta. Sólo cinco minutos. (Roxana entra al baño. La Señora agita los cascabeles de Amadeo e intenta entonar una vieja canción de cuna. (Husmea el aire) de nuevo ese olor. (Un ruido) Las puertas del armario se abren lentamente, dejando entrever los vestidos)

Señora: ¿Quién es? ¿Hay alguien?

(De un colgador con el vestido de novia cuelga el cuerpo de una mujer, es el fantasma de La Hija. Tiene en su cara la máscara africana. La señora asustada vuelve a su pieza. Cierra la puerta con llave. Pasa un minuto. El papagayo se agita. Roxana sale del baño. Va al armario, el fantasma ha desaparecido. Saca de la caja de fotografías un diario de vida pequeño, lee una página cualquiera. Hace una mueca de desprecio. Se fija en la foto caída. La recoge, la pone en la cubierta de la cómoda. La mira)

Roxana: ¿Cine esti tú? ¿Quién eres?

4. ALGUNAS VECES AIREAR LA CASA.

(Es de día. entra Svetlana. Hace sus actos cotidianos. Se pone el delantal, saca una toca de camarera de una bolsita y se la pone. Desaparece en la cocina y vuelve con una taza de té. Golpea la puerta de la hija.)

Svetlana: Soy yo, te traigo el té.

Roxana: Orinaré como un caballo si sigo así.

Svetlana: ¿Cómo pasó la noche?

Roxana: Me desperté a las tres, pensando que habían llegado los Ovnis.

Svetlana: ¿Los lagartos?

Roxana: Entonces, ¿lo sabes?

Svetlana: La señora piensa que son marcianos.

Roxana: ¿Te parece normal?. Me has traído a la casa de una vieja loca

Svetlana: No te permito hablar así de la señora. ¡No es siempre así! Sólo algunas veces. No es peligrosa. Basta no discutirle.

Roxana: ¿Qué te has puesto en la cabeza?

Svetlana: Una toca de camarera.

Roxana: ¿Que ridícula?

Svetlana: La señora así lo quiere.

Roxana: ¿La señora así lo quiere? ¿Y tú, qué eres, su mona amaestrada? ¿Esto es un zoológico?

Svetlana: Tú seguramente eres el tigre.

Roxana: Ya, está ese papagayo, pero por lo menos él ha decidido no hablar. Por lo menos tiene dignidad.

Svetlana: Toma tu té...Después me debes ayudar en la cocina... esto ¿Qué hace aquí? (indica el ácido que quedó en la mesa)

Roxana: Pensaba envenenarla, ponérselo en el té para el desayuno, cuando se despierte. Bromeo. Lo eché al excusado anoche. ¿No sabes que aleja a los Ovnis? (Svetlana le pasa un delantal. Roxana no lo toma) ¿Cuándo vuelve el hijo?

Svetlana: En un mes.

Roxana: ¿Y cómo es?

Svetlana: Bueno.

Roxana: Ella dice que no tiene fuerza.

Svetlana: Tiene mucho que hacer, y no está mucho. Trabaja siempre. La mujer, pobrecita, perdió a su hijo, tuvo un agotamiento nervioso. Un llanto continuo.

Roxana: ¿Y la hija? ¿Se llama Silvia, verdad? (pausa) ¿No respondes? ¿Ha muerto, verdad?

Svetlana: ¿Te doy un consejo? Preocúpate de tus cosas..

Roxana: Miren quien habla. Tú cuentas tu vida a todos. Hasta le has dado el número de teléfono al viejito.

Svetlana: Me llamó esta mañana, a las seis. Quiere que vaya a verlo.

Roxana: ¡No tiene a nadie?

Svetlana: El problema es cómo lo tratan. Lo cambian, lo visten, le hacen la sopa, lo lavan. Pero esto no es suficiente... él quiere hablar. A veces quería que viéramos juntos la T.V. Decía ¡Deja de trabajar y miremos la T.V.! Nos poníamos, en silencio, muy cerca uno del otro en el diván, como dos niños que regresan de la escuela. Era bonito. Es lo que él quiere: ¡contacto!

Roxana: ¡Sí, contacto con tus tetas!

Svetlana: Eres perversa. Me llamaba Odette, que fue un amor suyo de juventud. Me decía muchos cumplidos. Me decía "cómo eres bella , Odette" y lloraba

Roxana: ¡Que asco!

Svetlana: Algunas veces, cuando ya nadie te dice un cumplido, los de un viejo son importantes. Me pedía que le contara de Bucarest, le hablaba de las calles, del campo. Se acordaba, sobre todo de los campos, de las colinas. Le conté cuando tenía el negocio, de

las fiestas que desde niños hacíamos para el dictador y de la casa que quiero comprar en la calle Blanari. El decía "te la compro, así nos vamos a vivir juntos"

Roxana: Entonces, ¿esperas que te deje algo?

Svetlana: No siempre hacemos cosas por interés.

Roxana: Así quedamos toda la vida recibiendo órdenes.

Svetlana: No podemos no tener corazón. Es peor que recibir órdenes. Yo no puedo.

Roxana: Pero cuando me dejaste, pudiste.

Svetlana: ¿Qué dices?

Roxana: Nada.

Svetlana: ¡Adelante! Ponte esto, así no te ensucias.

Roxana: ¿El vestido de la negra?

Svetlana: Es un delantal. La señora quiere que lo usemos para hacer los quehaceres. Y no te maquilles.

Roxana: No me gusta ponerme uniforme. Me siento como en la cárcel.

Svetlana: Toda una vida que llevo uno. Primero en la escuela. Falda azul, camisa blanca y corbata roja ¡tenías que comprarte la corbata! Estaba muy orgullosa de mi bella corbata roja. Cómo decía la canción "la sangre de los pioneros... o algo así". Después en el trabajo: falda negra, camisa blanca, zapatos acordonados. Había un solo tipo en toda la ciudad, era muy difícil encontrarlos.

Roxana: Todos en serie, como robots.

Svetlana: Tal vez, pero era también una forma de ser iguales, sin privilegios. No era por brutalidad, si eso es lo que quieres decir. Por ejemplo, estas joyas que llevas, no te lo permitirían. El oro estaba prohibido. A propósito, ¿quién te regaló esto? (indica la pulsera de Roxana), Roxana levanta los hombros, se dirige hacia la puerta) ¿Porqué tomas la cartera? ¿NO ME CONTESTAS?

Roxana: No puedo ayudarte en la cocina, salgo.

Svetlana: ¿Dónde vas?

Roxana: ¿Qué te importa? (Después agrega en un soplido), donde Alejandro.

Svetlana: No lo intentes. Claramente ya te ha dicho que no quiere saber nada. ¿Qué quieres hacer? ¿Llorar delante de él? ¿Rogarlo?. Estás loca.

Roxana: Quiero que me dé dinero.

Svetlana: ¿Chantajearlo?

Roxana: No lo llamaría chantaje, pero tomaría lo que es mío.

Svetlana: Déjalo. Esa no es gente buena.

Roxana: Me echaron de la casa, de un día para otro...

Svetlana: ¿Qué tenía que hacer su mujer? ¿Prepararte una cena a la luz de las velas? ¡Eras la amante de su marido!.

Roxana: Me pagaban bajo cuerda. La mujer era una loca. Iba tres veces a la semana al gimnasio, dos veces a la peluquería, pero se olvidaba de pagarme a fin de mes. Si quisiera, todavía podría denunciarlos.

Svetlana: Por eso, te echarían.

Roxana: Pero los meterían dentro a ellos.

Svetlana: ¿Quieres terminar como esa muchacha del Telediario, enterrada viva con el niño? ¿No lees los diarios?

(Svetlana se para delante y le impide salir)

Roxana: No tienes ningún derecho a decirme lo que tengo que hacer. ¡Hazte a un lado!

Svetlana: No.

Roxana: Hazte a un lado ¡déjame pasar!
(Entra la Señora)

Señora: ¿Qué es este ruido?

Svetlana: Nada.

Señora: No me parece, nada.

Roxana: Entonces me voy, vuelvo en un par de horas..

Svetlana: Pero...

Señora: ¡Déjala ir!.

Svetlana: Debe ayudarme en la cocina.

Señora: ¿Qué hay que hacer en la cocina? (A Roxana) Anda y compra las semillas para Amadeo. (Le pone un billete en la mano). Y también una nueva botella de ácido. Del más fuerte. (Le hace un guiño). Tú sabes para qué sirve.

Roxana: De acuerdo.

Señora: Hoy hacemos una pequeña variación en el programa. Debemos limpiar los vidrios y lijar las ventanas.

Svetlana: Sí señora.

Señora: Bien, entonces, muévete. (Se acerca al papagayo). Tu hija dice que éste es un pájaro triste. ¿Qué piensas?

Svetlana: No sé. No conozco a los papagayos.

Señora: Hay que hablarles dulcemente. Jamás criticarlos. Se ofenden. Pequeñas órdenes. Te has puesto la toca, bien. Déjate ver.

(Explota de risa)

Svetlana: ¿Por que ríe?

Señora: Te la has puesto torcida.

Svetlana: ¿Ah, sí?

Señora: Sí, mírate. Toma un espejo. ¡OH Catalina, que gracioso!

(Svetlana, a su vez ríe, embarazada trata de ponerla en su lugar)

Svetlana: No, no está torcida. Está bien.

Señora: Tal vez no fue una buena idea. Siempre tiene la misma cara triste. Tal vez es peor. Quítatela, ponla en el armario, junto a las cosas de la negra. ¿Sabes lo que te digo?... Botemos estos vestidos. Están aquí desde hace mucho tiempo. Aire. Tal vez son ellos los del mal olor. Y también esa máscara horrible. ¿Y ésta? (indica la fotografía de la hija) ¿Cómo llegó hasta aquí? ¿La pusiste tú?

(La Señora se agita)

Señora: ¿Quién fue? ¿Quién se atrevió?

Svetlana Señora: Estoy segura que mi hija no quería....

Señora Señora: Yo sé quien fue... Piensan en hacerme daño. Que yo me quede aquí, sin hacer nada, esperando la invasión. ¡Dámela! (Trata de romperla)

Svetlana: No.

Señora: ¿Qué dices?

Svetlana: No se rompen las fotografías. (Escupe en sus nudillos). Trae mala suerte.

Señora: ¿Y a quién debería traerle mala suerte?

Svetlana: No lo haga. Está tan bonita su hija en esta foto. La hicimos para el cumpleaños. ¿Recuerda?

Señora: Sí, el último año. Tú la maquillaste. Estaba bien. Comimos la torta.

Svetlana: Fue una linda fiesta.

Señora: También estaba mi marido.

Svetlana: No, el Señor no pudo venir esa vez...

Señora: ¡Estaba! Estaba también mi amiga y estaba Marco, ¿Te acuerdas, el muchacho de Silvia?

25 años son pocos para morir (Svetlana baja la cabeza)

Es verdad, tienes razón, la pondré en mi pieza, en la cómoda de roble que mi hijo quería llevarse. Tú baja y compra flores. Flores amarillas. Alegres. Le gustaban. Y esta noche quisiera comer algo bueno. Nada recocado. Compra también vino. Algo especial. Bota esos vestidos. Están allá cubriéndose de polvos desde hace muchos años. No he tenido jamás el coraje de tocarlos. A veces pienso que esa mujer negra me haya lanzado una maldición. Sí, aire. Botemos el pasado. Conservemos sólo los buenos recuerdos. Y vino. Flores y vino, inmediatamente

(Svetlana sale)

Señora: Aire, me parece que me sofoco (husmea). Sigue ese olor de barniz.

(Suena el celular de Svetlana, que ha quedado sobre la mesa. La Señora duda y luego contesta)

Señora: Aló, ¿quien es? Ah, es el tío. No. No está. No vuelve. Murió viejo resplandecido. ¿Ahora, me preguntas cuando vuelve? ¡Te dije que se murió! ¡Muer-ta! ¡Qué imbécil!. Los muertos no vuelven. Casi nunca.

(Cierra el celular. Mira la fotografía. Se dirige al dormitorio. Abre la puerta. Hay una mujer de espaldas a la ventana. El intercambio que sigue, no es un diálogo. La madre no escucha a la hija fantasma, que comenta las frases sin ser percibida por ella. La Señora habla con la foto de la hija)

Señora: Sí, sobre la cómoda. Quiero verte cuando me voy a quedar dormida.

Fantasma de la Hija: ¿Y qué ves?

Señora: (Toca un dedo la foto). Tus cabellos largos, tu rostro. Cuando eras niña nos parecíamos como dos gotas de agua.

Fantasma de la Hija: Me parecía a mi papá. Las hijas se parecen al padre, los hombres a la madre.

Señora: No se nota, que ya estabas mal. Catalina te había maquillado bien.

Fantasma de la Hija: Estaba muriendo. No habría pasado unos meses.

Señora: Pareces una muñeca.

Fantasma de la Hija: No pensabas eso cuando vomitaba. No me tocaste nunca. Ella se debió ocupar.

Señora: Quiero mirarte antes de quedarme dormida. Quiero ir a encontrarte a tu pueblo, al menos cuando duermo.

Fantasma de la Hija: No te gustaría. Gente ordinaria. Caca de perros en las veredas.

Señora: Pienso que dentro de poco, tendrás que soportarme.

Fantasma de la Hija: No ha llegado aún tu hora, pero tengo paciencia. Espero.

Señora: Dentro de poco. Quizás, tal vez hablaremos en paz. ¿Qué dices?

Fantasma de la Hija: No, serás tú la que deberás escuchar, tengo muchas cosas que decirte. (La Señora se acuesta)

Finalmente me escucharás. ¿Qué haces? ¿Duermes? ¡No duermas!

Señora: Cierro un poco los ojos.

Fantasma de la Hija: ¡Despierta!

Señora: Tengo necesidad de descanso.

5. PELAR LAS PAPAS.

Fantasma de la Hija: Nunca tienes tiempo para escucharme. (El fantasma de la Hija abre la ventana)

Hay olor a viejo (un sorpresivo golpe de viento, cierra la puerta).

(Entra Svetlana con las flores y las deja en la mesa)

Svetlana: ¿Señora?. Compré las flores, no son amarillas, pero me parecen alegres.

(Toma un florero, coloca las flores. Saca un vestidito blanco para recién nacido, lo observa, sonrío, lo devuelve a la bolsa. Se acerca a la puerta cerrada, golpea suavemente)

Svetlana: ¿Duerme? (Abre la puerta. La señora está acostada de lado en la cama. No vemos su cara) ¿Señora? (Svetlana levanta los hombros, vuelve y ve el celular en la mesa).

¿Dónde estaba? (El cuerpo sobre el cama se da vuelta, no es la Señora, es el fantasma de la madre de Svetlana. Se sienta en el lecho, sobre una hoja de diario. Tiene en la mano un zapatito de niña y una papa. Tiene la máscara africana en el rostro)

Fantasma Madre de Svetlana: ¿Has puesto tu zapato en el marco de la ventana? Este año. no hay caramelos para San Nicolás. Otra vez, te has portado mal. Siempre eres una mala hija (se mueve lamentándose)

¿OH, por qué no me has cuidado? ¿Por qué me dejaste morir sola? No tienes corazón. Aquí está tu regalo. (Pone la papa en el zapatito). Para ti, sólo papas y cenizas.

(Svetlana asustada cierra la puerta. Pausa. Svetlana se deja caer en una silla, las manos en su cara. Vuelve Roxana).

Roxana: ¿Qué haces? Tienes una cara..¿Has visto un fantasma?

Svetlana: (Se levanta) Nada, anda a la cocina. Te dejé las papas para que las pelaras.

Roxana: No tengo ganas.

Svetlana: ¿De qué tienes ganas?

Roxana: De nada.

Svetlana: ¿Te fue mal, verdad?

Roxana: Me prometió algo de dinero.

Svetlana: ¿Era lo que querías, o no?

Roxana: No.

Svetlana: ¿Y qué querías? ¿Un matrimonio con vestido blanco? ¿De un hombre casado que no ve la hora de librarse de tí?

Roxana: No sé que hacer.

Svetlana: ¿Y qué quieres hacer? Nada. Tirar para adelante. Mira, te compré esto (le muestra el vestidito de recién nacido). Lo escogí blanco, así está bien para un varón o mujercita.

Roxana: ¿De dónde lo sacaste?

Svetlana: ¿De dónde lo saqué? De un negocio.

Roxana: Mentira. De un puesto en el mercado. No tiene ni etiqueta. (Lo bota al suelo)

Svetlana: Y si así fuera. Toca, siéntelo cómo es de suave. Es algo bueno.

Roxana: Siempre me has comprado cosas de dos pesos. Jamás un par de zapatos decentes. Jamás un chaleco a la moda. Siempre me llevabas las sobras de alguien.

Svetlana: No hay nada de malo en esto.

Roxana: ¿Jamás te preguntaste qué sentía cuando llegabas a la casa con las bolsas de la Cruz Roja? Sí, sé que los escondías y decías que los habías comprado, pero yo sabía que eran cosas usadas por otros.

Svetlana: Lo lamento.

Roxana: Este niño no lo quiero.

Svetlana: Verás que cuando nazca te parecerá la cosa más hermosa.

Roxana: ¿Fui yo la cosa más hermosa? Siempre me has odiado.

Svetlana: Pero, ¿qué dices, no te acuerdas de nada? Cuando eras niña te cantaba muchas canciones. Cuantas noches las pasé desvelada contigo porque llorabas. ¿Es posible que todo se haya borrado?

Roxana: Recuerdo sólo que lloraba. La abuela me cantaba.

Svetlana: Este niño nacerá dentro de poco. Acéptalo y basta. Si no lo querrás, lo querré yo.

Roxana: Siempre que yo me quede.

Svetlana: ¿Qué quieres decir?

Roxana: He vuelto a hablar con Yuri.

Svetlana: ¿Cuándo?

Roxana: Hace pocos días. Había desaparecido. Se fue a vivir a Alemania. Encontró trabajo en una discoteca.

Svetlana: ¿Le dijiste?

Roxana: No, ¡si sólo me hubiera llamado hace seis meses, cuando estaba desesperada...si sólo hubiera recibido una llamada telefónica!

Svetlana: Olvídalo.

Roxana: ¿Por qué?

Svetlana: ¿Qué piensas? ¿Qué te recibiría con los brazos abiertos? Sigues pensando que amor son las grandes decisiones. ¡Huir juntos. Dejar lo cierto por lo incierto!

Roxana: ¿Y qué es el amor? ¿Dejarse pisotear por el propio marido? ¿Llevarle la cerveza frente al televisor?

Svetlana: No lo sé. Toda la vida he tratado de entender que el amor existe. No lo he sentido nunca.

Roxana: Menos lo sentimos y más lo buscamos... Tú la odiabas, ¿verdad?

Svetlana: ¿A quién?

Roxana: A tu madre.

Svetlana: No.

Roxana: Pero la dejaste morir sola. Después se fue también el abuelo. Tampoco estuviste para él. No estuviste para mi primer día de escuela. Me acuerdo que una vez me habías dicho que volverías. Me habías prometido una guitarra, la había visto en la T.V., en un programa. Estaban esos muchachos que la tocaban. Esperé tanto que regresaras, después me quedé dormida. Al día siguiente me dijeron que no vendrías. Pasaron otros seis meses.

Svetlana: Lo siento. (Suenan el celular, las dos mujeres se miran)

Roxana: Jamás recibí esa guitarra. No me has escuchado nunca cantar.

(Svetlana responde al celular)

Svetlana: ¿Aló? ¿Sí, tío? No me he muerto ¿Quién te lo dijo? No llores, tranquilízate. Voy a verte en estos días. Así vemos la T.V. juntos... Claro que estoy segura de no estar muerta. Sí, también para ti. También yo te quiero.

(Apaga el teléfono). Pensaba que había muerto.

Roxana: Tal vez lo estés.

Svetlana: ¿Qué dices?

Roxana: Tal vez todos estamos muertos. Somos fantasmas. No tenemos más nuestra antigua vida ni tenemos ésta. Estamos enfermos de una extraña enfermedad sin cura. Cuando estaba allá soñaba con Italia, pensaba que era el paraíso. En vez es un cáncer que entró en

nuestras vidas y las ha devorado. No tengo nada acá, no tengo nada allá. ¿Quién soy? No tengo ni un nombre propio.

Svetlana: Deberías estar orgullosa de ser lo que eres.

Roxana: ¿Y qué soy?

Svetlana: Eres tú, Roxana, una mujer de tu país.

Roxana: ¿Sabes lo que dicen de las rumanas? Que son prostitutas. Que son mentirosas. La gente nos confunde con las gitanas. Dicen que robamos. Si me hablas en rumano en la calle, yo alargo el paso y hago como que no te conozco, porque me avergüenzo. Sólo quiero confundirme y desaparecer. Ser una muchacha cualquiera. Ser invisible, cómo tú dices. Cuantas veces el año pasado quise despertar y ser otra. Tal vez una alemana, una americana. Ellas son respetadas. En cambio si eres una muchacha bonita y eres rumana, por fuerza eres una prostituta. Apenas somos visibles, nos odian. Apenas abrimos la boca y hablamos nuestro italiano con dificultad. Lo tenemos escrito en la cara "imbécil" si es hombre, "prostituta" si eres mujer. Nosotros bajamos la vista primero. En los negocios no encontramos inmediatamente el dinero para pagar y la gente comienza a ponerse nerviosa y a pensar que esperamos justo el momento para escapar. ¿Qué vida tendré aquí?

Svetlana: Mientras piensas, voy a pelar las papas.

Roxana: No me entiendes. Quieres que mire el suelo siempre, que sea muda.

Svetlana: Habla sólo de ti. Estás por ser madre. Concéntrate en esa pobre criatura. No registres los cajones. La foto de la hija. Por poco no le da un síncope.

Roxana: ¿Se enojó?

Svetlana: Piensa que fueron los extraterrestres. Por lo menos eso dijo, pero tienes que estar atenta. La Señora no es tonta. Es peligroso jugar con fuego. Debemos...

Roxana: Sólo tenemos que ser invisibles. Como esos monstruos que suben desde el jardín. ¿Cómo era la hija? ¿Tú la conociste?

Svetlana: ¡Qué se yo como era! Una muchacha, se llamaba Silvia.

Roxana: (Repite) Silvia, típica muchacha occidental. Buenas escuelas, dinero en el bolsillo. Todo le estaba permitido. Apuesto que dejaba la pieza en desorden, que se cambiaba tres o cuatro veces al día. Y tú recogías sus calzones, sus medias. ¿Sabes cómo te llamaba en su diario de vida? Ojos de perro. La odio.

Svetlana: Odio, odio, no sabes decir otra cosa, tú odias a todos, envidias a todos. No sé lo que te falta. Tú también has ido a la escuela. Siempre fuiste buena alumna. Buenas notas, como yo. También a mí me gustaba estudiar. (Roxana levanta los ojos al cielo). Me gustaba sobre todo "la historia de nuestro país". Hacíamos Olimpiadas de historia cada año, y muchas veces las gané. Piensa que una vez el premio era un viaje a Bulgaria. Era como ir a América, para nosotros.

Roxana: Después, al último momento lo anularon. Ya me lo contaste.

Svetlana: Me hubiera gustado mucho ir a la Universidad, pero mi madre me lo impidió. Para ella era una pérdida de tiempo. Los profesores insistían, pero ella nada. Fue inamovible.

Para ella, sólo necesitaba encontrar un trabajo, llevar dinero a la casa... aAsí empecé a trabajar como camarera. Desde ese momento todo se derrumbó. Pero tú podrás hacer lo que quieras. Bien, te metiste en problemas. Pero también esto pasará. Todavía tienes la vida por delante, no eres como yo, que no tiene futuro. Te ayudaré con el niño, así encontrarás trabajo y...

Roxana: ¿Cómo se te ocurre que yo quiera ser peluquera?

Svetlana: Tú me lo dijiste.

Roxana: Quiero ser cantante de menéle.

(Menéle; canto folklórico, con influencia árabe y turca y contenidos "hot", muy popular en la juventud de Rumania)

Svetlana: ¡Sólo nos faltaba eso, una artista en la familia!

Roxana: Jamás me has escuchado cantar,

Svetlana: Para cantar, hay que andar medio desnudos, llenarse de cosas doradas y bailar cómo los árabes, la danza del vientre.

Roxana: Yuri decía que era buena.

Svetlana: Yuri era bueno para gastar dinero y emborracharse..

Roxana: Cuando el tío quería ser director, tú le compraste la cámara de televisión.

Svetlana: Tu tío era algo diferente.

Roxana: ¿Por qué es hombre?

Svetlana: Me había convencido con su discurso. Sabe hablar muy bien.

Roxana: En cambio, no vale nada.

Svetlana: Decía que tenía un contrato para hacer filmes artísticos. Para una gran firma de producción en Rusia. Documentales de arte. ¿Cómo iba a saber que me estafaría, que no había ningún contrato?. Después de todo, hay que saber perdonar. ¿Sabes? Dentro de poco. Él también vendrá a Italia.

Roxana: ¿Dónde vendrá?

Svetlana: A nuestra casa. ¿Estás contenta? Haremos una gran cena para celebrar. Prepararé la "ciorba" (sopa muy sabrosa en base a carne)

(Se le acerca tímidamente) ¡Estás invitada, si quieres!

Roxana: No gracias.

Svetlana: Ahora instala una Agencia de Viajes.

Roxana: ¿Otra estafa?

Svetlana: Me mostró el contrato. Esta es una cosa seria. Quizás ahora lo logre. Siempre ha sido despierto tu tío.

Roxana: ¿Y yo no soy despierta? ¿Cómo sabes que no tengo talento? No me compraste esa guitarra. No me has escuchado cantar...

Svetlana: Te espero para las papas. Puedes pelarlas cantando, si quieres.

(Roxana entra en su pieza, se escucha una música de manèle. Roxana sale con un grabador encendido, e inicia un baile, como una cantante de este género musical. Svetlana sale de la cocina. Riñen las dos, mientras Svetlana la persigue en la sala. Svetlana trata de apagar el registrador de Roxana. Las interrumpe la Señora que grita lamentándose. Sale de su pieza. Roxana apaga de golpe la música)

Svetlana: ¿Qué pasa, señora?

(La Señora no contesta, parece ausente. Svetlana se dirige a ella, dulcemente). Señora...

Señora: (Agresiva) ¿Quién eres tú?

Svetlana: Soy Catalina.

Señora: ¿Qué es eso?

Svetlana: Le compré las flores.

Señora: ¡Haz desaparecer esas flores de muerto! Bótalas. ¿Dónde está mi hijo?

Svetlana: Está en América.

Señora: No, está abajo. Está abajo y no quiere venir. Ese cerdo.

Svetlana: No se acuerda que partió.

Señora: Siento el ruido del llanto. Lo escucho por las cañerías. Nació el niño y no me lo quieren mostrar.

Roxana: No hay ningún niño.

Señora: Ah, todavía estás embarazada. Menos mal, menos mal. Me había asustado. Pensé que te habrían hecho mal, en cambio no ha sucedido nada. ¿Estás bien ?

Roxana: Sí.

Señora: Siéntate Catalina. Tráele té. ¿Quieres comer algo? Galletas.

Roxana: No gracias.

Señora: Pero sí, algo de dulce. Chocolate. Toma un chocolatito. Tienes que tener fuerza, energía (le muestra un cascabel de Amadeo) ¿Te gusta?. Era de mi hija. Cuando nazca el niño, tómalo.

Svetlana: Pero señora, No es el caso...

Señora: Sí, es el caso. Tráenos el té. Tú, adelante. ¿Ya sabes si es hombre o niña?

Roxana: No.

Señora: Los hombres tienen la vida más fácil. Pueden hacer todo lo que quieran. Las mujeres son unas estúpidas, sentimentales.

(Pausa. La señora está ausente, pensativa)

Roxana: ¿Señora? ¿Señora?

Señora: ¿Eh?

Roxana: ¿Se siente bien?

Señora: Sueños. Los horribles sueños de siempre.

Roxana: ¿Quiere que la peine? Traigo los bigudíes.

Señora: Cuando era joven, tenía una larga cabellera rubia. Cuando la soltaba, me llegaba hasta más debajo de la cintura. Una cascada. Tú también eres rubia.

Roxana: Yo los corté.

Señora: ¡Que lástima!

Roxana: Yo prefiero así.

Señora: ¿Y qué te dirá tu marido, cuando te vea?. Los hombres prefieren el cabello largo.

Roxana: No nos hemos casado.

Señora: Es lo mismo, tu compañero. Así se dice hoy. Aquel con quien has hecho al niño. ¿Es bello?. Mira como te pones roja. Sí, debe ser hermoso. ¿Cómo se llama?

Roxana: Yuri.

Señora: ¿No te ha pedido matrimonio?

Roxana: Esperamos que encuentre un trabajo.

Señora: Abre el armario. Mira en esa bolsa. A la derecha, el vestido blanco. Ese era para mi hija. Era mi vestido de novia. Debía usarlo ella, pero después no fue así.

Roxana: Es muy lindo.

Señora: ¿Quieres probártelo?

Roxana: No me entraría..

Señora: Con esa barriga... Eres muy delgada. Ya pruébatelo, quiero ver como te queda,. Mi matrimonio fue suntuoso. Los parientes. Un gran banquete. Mi marido era un hombre importante. Yo también era un buen partido. Mi padre tenía la empresa de zapatos más famosa de la ciudad, "Calzado Franzoni". Tal vez has oído hablar de ella. Era joven y bella.

Todos los ojos se fijaban en mí. Esa envidia con que se ve a la juventud... suntuoso, sí... Después del banquete se hizo espacio en el salón y bailamos. Todos querían bailar con la novia, a mí me daba vueltas la cabeza, no tenía costumbre de beber tanto. Pero quería darme coraje. Mi marido no sabía bailar. Era tieso. Tuve que llevarlo yo. Siempre tuve que llevar todo. El negocio, los asuntos...espera, no hagas eso...Se echa a perder. Sí, muéstrate (la mira turbada). ¡OH, sí! ¡Eres bellísima! Igual.

Roxana: ¿Se siente bien?

Señora: Se necesita algo en el cabello. Coge dos de esas flores. Sí, el matrimonio es el día más bello de la vida. El recuerdo queda para siempre. También en los momentos feos. Embellecido... Silvia, también esperaba un niño. Siempre vomitaba ,la pobrecita. Ciertas cosas, una madre las entiende.. Le hicieron una linda fiesta para su cumpleaños, pero después salió, y no regresó más. Estaban esos monstruos en el jardín y me la llevaron. Habría sido una abuela muy orgullosa. No le dije, que hubiera querido al niño. No se lo di a entender lo suficiente ¿entiendes?. Mírate, eres joven, bella y estas por casarte. ¿Por qué esas lágrimas? ¿Lloras? No, no. Así manchas el vestido. ¡Que estúpida! quítatelo, quítatelo inmediatamente.

Roxana: Perdone.

Señor: Ponlo en el armario. Lágrimas ¿por qué lloran el día del matrimonio? Somos unas estúpidas, sentimentales.

Roxana: Yo no me casaré nunca

Señora: Cierto que te casarás, con este muchacho Marco.

Roxana: ¿Quién es Marco? Dije Yuri.

Señora: Mi hija tenía que casarse con Marco. Marco era el hombre justo para ella.

Roxana: No es su hijo.

Señora: ¿Cómo?

Roxana: El niño no es suyo.

Señora: No, ¿y de quién es?

Roxana: De uno donde yo trabajaba antes.

Señora: ¿Te sedujo?

Roxana: No precisamente.

Señora: Bien, entonces te casarás y

Roxana: Ya está casado.

Señora: ¿Marco?

Roxana: Alejandro.

Señora: Ya no entiendo nada

Roxana: Dijo que no me quiere ver. Y Yuri no sabe nada del niño. Cuando lo sepa, no querrá tampoco verme.

Señora: Mejor que "un reality show". Si se lo cuento a mi amiga, no me creerá.

Roxana: Si este niño no estuviera. Si no existiera, sería todo diferente.

Señora: ¡Ya!

(Pausa) A menos que tú no te liberes.

Roxana: ¿Y cómo? Cierto que no puedo abortar al séptimo mes.

Señora: No, eso no es posible, pero... Me lo podrías dar a mí..

Roxana: ¿Qué?

Señora: Cierto. Podría darlo a mi nuera que perdió uno. Estarían felices. Sí, sería una excelente idea.

Roxana: No, espere. ¿Qué idea?

Señora: En cambio yo te daría dinero para ti y para Marco.

Roxana: Yuri.

Señora: Podrían recomenzar una vida. ¿Qué hace Yuri?

Roxana: Trabaja en una discoteca. Es cantante. Antes, en Rumania, cantábamos juntos. Teníamos también un grupo. Mire...

(Corre a su pieza. Vuelve con un álbum de fotografías).

Roxana: Estos somos nosotros, en un matrimonio.

Señora: ¡Que muchacho más hermoso! ¡Que crucifijo de oro tan hermoso lleva!

Roxana: Aquí en la Discoteca.

Señora: Entonces eres una artista. Con mayor razón tienes que liberarte. Eres joven, puedes tener otros niños.

Roxana: No, es una locura.

Señora: ¿Por qué?

Roxana: No puedo, mi madre me mataría.

Señora: Tu madre está celosa. Observo como te mira. La vejez que envidia la juventud. Quiere tenerte prisionera, ligada a ella. Pero tú no eres como tu madre. Eres hermosa. Puedes obtener todo de la vida. Terminar los estudios. Tener una familia. Eh, sí. Mira, que fotos más lindas...

(La Señora observa las fotos y a hurtadillas espía a Roxana. Roxana se come las uñas, pensativa)

Roxana: ¿Cuánto?

Señora: Diez mil

Roxana: Veinte

Señora: Quince

(Entra Svetlana)

Svetlana: Aquí está el té.

Señora: Vamos a mi habitación. Querida, termina de ponerme los bigudíes...

Roxana: ¿Puedo llevar la música?

Señora: Por cierto. Un poco de alegría. (A Svetlana) Ponlo ahí. Lo tomaré después. No nos molestes. Tenemos que hablar.

(Se encierran en la habitación de la Señora. Svetlana recoge del suelo el vestidito que había comprado para el niño. Se sienta en una silla. Acomoda el vestidito en sus rodillas. Canta una canción en rumano. En una silla opuesta a ella, se sienta el fantasma de Silvia, con la máscara africana en el rostro).

Fantasma de la Hija: Ojos de perro. Cara de perro. La última imagen que tengo de ti es limpiando el suelo de rodillas, mi madre sentada a la mesa, dispuesta a hacerte notar gentilmente la última mancha que ha quedado. ¿De qué color son tus ojos? No los he visto nunca. Verde oscuro. Opacos. Dos cavidades. Ojeras iluminadas. La última imagen que tengo de ti, el día de mi cumpleaños. Tú, limpiando el piso con mis vómitos. Antes, en la pieza me habías maquillado, para parecer más bella. Sombra en los párpados. Rimel, Polvos para esconder las manchas. Color para las mejillas, pero no mucho, no debe ser vulgar. Sin hablar. Estabas cansada esa tarde, era casi Navidad. Era la última parte del programa de ese día.

(Svetlana canta)

Como, lo que mi madre ha comprado, diligente como siempre. Hoy, nada de fideos a la mantequilla. Camarones y gelatina. Es un día especial. Me satisfago comiendo. De todo. ¿Todavía una porción? Sí, gracias. Comentarios sobre mi brillante estado de salud. La torta, me hago cortar un trozo abundante. No tengo aliento para apagar las velitas. Las apaga ella por mí, como ha hecho siempre, desde que tuve dos años. No es un gesto afectuoso, es una estrategia. Es como el prestidigitador que distrae la atención de sus espectadores aburridos del único truco que conoce. Canta deseos de felicidad en inglés, equivocando las palabras. Que mal gusto, celebrar el cumpleaños de una moribunda. Me como la torta con las manos. Me chupo los dedos con gusto. ¡Que apetito!. Risas, frases complacidas. Historias graciosas de cuando yo era niña, y robaba siempre las últimas galletas del plato. Tomo tiempo, sé lo que sucederá. He aprendido que el cuerpo es como un reloj, basta esperar. Es como un ascensor que llega siempre. El único riesgo que corres es que puedes quedar encerrado por un corte de electricidad. Así, aprieto el botón y termina todo en el mantel, después en el suelo. Sus caras sorprendidas. Grita el papagayo, dispuesto a volar, excitado por el vómito, pero esclavo de su pedestal. Te

agachas y empiezas a limpiar, arrodillada. ¿Cómo es el mundo visto desde allí abajo? Ees un mundo diferente al normal. Es un mundo donde nadie baja con gusto de adulto, sólo los niños lo inspeccionan en sus juegos solitarios. Eres como esas estatuas que se bajan al fondo del mar, para la fiesta del santo patrono, impasible y misterioso. Eres la María Magdalena, de fragmentos en polvo, amarrados por los pelos de los perros. Eres la Santa Protectora de los fideos pegados al piso, de los restos aglutinados de salsa y gelatina. Eres la Virgen de los Vómitos y de la Orina, la mártir de las rodillas enrojecidas y de las uñas rotas. Me cuelgo una piedra de vergüenza al cuello y te alcanzo, debajo de la mesa, entro en tu mundo como un pez perseguido por los tiburones, que busca refugio en el fondo del océano y observa en apnea. No es el océano, es un acuario. Están sus pies calzados, mi hermano usa un cómodo par de mocasines, su mujer usa un par de zapatos rebajados, la amiga de mi madre usa zapatos amarrados adelante, y después un poco abiertos, atrás. Están las pantorrillas nerviosas de la dueña de casa. Nadan y se mueven como algas. Estamos las dos, debajo de la mesa desde hace poco, y ya sobre la mesa, han empezado a olvidarnos. Alguno, mi hermano está contando una historia divertida sobre los cumpleaños. Nadan y se mueven. Me arrastro cerca de las piernas de mi madre, y empiezo a morderle los tobillos.

(Svetlana canta) Es una cosa increíble, una madre que mece a su niño.

6) ORDENAR LOS ARMARIOS

(La misma escena, pero el fantasma ha desaparecido. De la puerta se escuchan risas, después la música del registrador. Roxana sale riendo. Lleva en la cabeza un bigoudí y una cal de la Señora amarrado a la cintura. Está maquillada. Hace una divertida danza del vientre. La señora también con bigudíes en la cabeza y muy maquillada. Se asoma a la puerta, ríe a su vez y mueve los brazos al compás de la música árabe)

Svetlana: (Dar ce faci? potoleste te). ¿Pero, qué haces? Córdala inmediatamente.

(Roxana por respuesta, le baila alrededor)

Svetlana: oferm ie in starea ta sa se. Contorsioneze ko prostituata. Una mujer en tus condiciones, contornearse como una prostituta,

Roxana: Hai mama danseaza ¡ danseaza si tu! ¡ Vamos mamá, baila! Baila también tú.

Señora: Déjala, Catalina. Eres precisamente, la tristeza personificada. Menéle. Tengo que contarle a mi amiga. Mucho, mucho mejor que la T.V.

(Cierra la puerta riendo. Roxana se echa en una silla)

Svetlana: ¿De qué hablaban?

Roxana: Nada.

Svetlana: ¿Qué te pusiste en la cabeza? ¿Y este vestido de novia?

Roxana: ¡Boh!

Svetlana: No me gusta.

Roxana: ¿Qué no te gusta? ¿debería quedarme callada?

Svetlana: Te escuché reír. ¿Qué hay de divertido?

Roxana: La vieja me contaba de su juventud. De la guerra. De hecho, es cómica cuando cuenta. Después la hice escuchar el Menéle. Le gustó tanto que me pidió bailar. Y lo bailó también ella como podía en su silla de ruedas. Deberías haberla visto.

Svetlana: Acuérdate quién eres y quién es ella.

Roxana: ¿Qué quieres decir?

Svetlana: Ella es la patrona.

Roxana: Hablas como un mercader de esclavos. ¿Por qué no te relajas? ¿Acaso estás celosa?

Svetlana: ¿Y de qué?

Roxana: Del hecho que ella me prefiera. Te considera sólo una empleada doméstica, mientras que conmigo se relaja. Quisieras que hiciera lo mismo ¿Verdad? En cambio tú no eres suficientemente interesante. Sólo tienes que llevarle el té, limpiar el piso sucio, limpiar su culo mugriento.

Svetlana: ¿Cómo hablas?

Roxana: Ella se da cuenta que tú no tienes dignidad.

Svetlana: Yo le tengo respeto por su edad, algo que evidentemente no te enseñé bien.

Roxana: ¿Y por qué debería respetarte? Haces que siempre te escupan. Hay perros a los que no dejas de darle patadas, aunque no te hagan nada.

Svetlana: Cuando te acostumbras, es difícil cambiar.

(Intenta colocar en el armario el vestido de novia)

Roxana: ¿Te ayudo?

Svetlana: No, cuidado.

Roxana: Es de la hija. Es de Silvia.

Svetlana: Nunca se lo puso, no estaba hecha para el matrimonio.

Roxana: ¿Se parecía a mí? ¿Era bonita?

Svetlana: Nunca le hice caso.

Roxana: La vieja me dijo que su hija estaba encinta.

Svetlana: La Señora dice muchas cosas.

Roxana: Entonces ¿No es verdad? ¿¡Ah ya! Silencio. Eres como el papagayo, lo había olvidado. Antes ella hizo que me lo probara.

Svetlana: ¡Que hermosa tela!

Roxana: Te quedaría bien. ¿Por qué no te lo pruebas?

Svetlana: Pero ¿qué dices? ¿Estás loca?

Roxana: Acércalo a tu cara.

Svetlana: ¿Y si nos ve?

Roxana: Se habrá quedado dormida después de todo este movimiento.

(Svetlana tímidamente se prueba el vestido)

Svetlana: ¡Por Dios que soy fea!

Roxana: No es verdad. Te descuidas.

Svetlana: Tengo que cortarme el pelo.

Roxana: ¿Por qué no te lo dejas crecer? A los hombres les gustan las cabelleras largas.

Svetlana: No tengo a nadie a quién parecerle bien. Cuando duermo con tu padre, la sola idea que me toque, me disgusta. Vi un modelo en una revista en la casa de la otra familia donde también trabajo. Lo recorté escondida. Lo tengo en la billetera. Espera, te lo muestro. Estoy juntando dinero, apenas tenga lo suficiente...

Roxana: Yo también quisiera cortarme el pelo... o teñirlo de negro ¿qué dices?

Svetlana: Apenas digo que quiero algo, inmediatamente lo quieres tú.

Roxana: Mira como es lindo. ¿No te sientes una reina? ¿Te gusta?

Svetlana: Qué importa si me gusta o no. Nunca he tenido uno. Nunca me casé y no me casaré jamás. ¿Sabes lo que hizo tu padre? Me embarazó y escapó. No quería saber nada de mí.

Roxana: (Resoplando) Otra vez vuestra romántica historia de amor.

Svetlana: Entonces no sabía nada. No sabía que existieran los anticonceptivos. Me dejaba estar. Pero no fue fácil, créeme. Fue un escándalo. ¿Sabes? Donde vivíamos, una madre soltera era como una muerta. No como ahora. Era una deshonra. Me encerraron en la casa. Salía a trabajar y basta. Nunca un baile, una ida al cine. Jamás otro muchacho. Era una prisión. Tenía veinte años. Mientras tanto, el rehacía su vida.

Roxana: ¿Y por qué te buscó de nuevo '?

Svetlana: Porque yo me vine a Italia. Tu tío me encontró lugar en un autobús. Primero París y después acá. Tú tenías ocho años. El negocio fue un fracaso. Después de la revolución, perdí todo ¿No te acuerdas? Entonces le dije: yo me voy, no me verás más. Quería advertirte. El dejó la otra familia que tenía y se vino conmigo. No por amor, por interés.

Roxana: Yo lo odio.

Svetlana: Tenemos una vida infeliz. Tal vez si nos hubiésemos quedado allá, si viviéramos en una hermosa casa (suspira). No te dejes nunca engañar por el amor a un hombre. Toma a tu hijo y ámalo a él.

Roxana: Tal vez no soy capaz de amarlo.

Svetlana: Tonteras.

Roxana: No es el momento justo.

Svetlana: Ni cuando te tuve fue el momento justo. Mi madre me había dado el nombre de una mujer para abortar, pero no fui. ¿Sabes por qué te llamé Roxana? Cuando era niña, no tenía juguetes bonitos. Siempre rotos, cosas que no cerraban. Muñecas con un solo ojo. Todas cosas usadas. Un día mi padre me trajo una muñeca. Yo era grande, tenía doce años. Venía de las hijas de su nueva mujer, aquella por la que había abandonado a mi madre. También esa muñeca era usada, pero no estaba rota, tenía todo: dos bellos ojos azules, el cabello rubio, un hermoso vestidito celeste. La llamé Roxana. Me parecía un nombre de princesa. Así, cuando naciste y te vi tan linda dije: esta niña será mi princesa.

(Pausa)

Roxana: ¿Y si la diéramos en adopción?

Svetlana: ¿Qué?

Roxana: A una familia rica.

Svetlana: ¿Pero, qué dices?

Roxana: ¿Por qué quieres tanto a este niño? Quieres tenerme encerrada en casa como lo hicieron contigo. ¿Eso es lo que quieres?

Svetlana: No tenía a nadie que me ayudara. Tú me tienes a mí

Roxana: Pero si tuviera una familia rica...

Svetlana: ¿Cómo se te ocurre?

Roxana: Mejor que parir y encerrarlo en el armario, como hizo esa ucraniana. Lo leí en un diario. Se dieron cuenta del recién nacido un mes después, por el mal olor.

Svetlana: ¿El mal olor?

Roxana: Lo tenía en el armario, envuelto en hojas de diario.

Svetlana: ¡Por Dios! Amaré a este niño, haré todo por él. No le faltará nada.

Roxana: La abuela envolvía todo en papel de diario.

Svetlana: ¿Y qué tiene que ver tu abuela?

Roxana: La recuerdo así. Con el papel de diario en las rodillas, pelando papas y las ponía a cocer bajo las cenizas. Después me las daba y me mandaba a ver la T.V. Decía que frente a la T.V., las papas eran mejores.

Svetlana: Lo hacía para que te gustaran.

Roxana: Cuando iba a la Escuela, me preparaba la misma colación: pan con tortilla y la envolvía en un diario. Todos los otros niños tenían servilletitas de papel de colores junto a la colación. Yo: "La crónica de Bucarest". Me faltaba el coraje de sacar la colación de debajo del banco. Comía escondido o me saltaba el almuerzo. Siempre me pregunté, por qué no compraba servilletas de papel.

Svetlana: Antes no se encontraban.

Roxana: No, los otros las encontraban. Cuando te sientes pobre, lo eres para siempre. Se te mete dentro.

Svetlana: Cuando te acostumbras, es difícil cambiar.

Roxana: Este es nuestro cáncer. Yo quiero irme.

Svetlana: Espera algunos años. Trabajaré por un año y después regresaremos. Empezaré de nuevo allá. Compraré la casa de Blanari. Viven dos ancianos, y me la dejarán por poco. Esa una casa muy hermosa. Tiene ventanas grandes y piso de parquet. Ya sé de que color haré las cortinas: un lindo amarillo, lo vi en una revista de decoración en la otra casa donde voy. Ilumina, y la casa parece más grande.

Roxana: No voy a resistir aquí dos años más.

Svetlana: No tenemos elección. Estoy llena de deudas.

Roxana: Pero si trabajas siempre.

Svetlana: Porque tu padre no trabaja y come por dos. Este mes trajo a casa trescientos euros de sueldo. ¿Qué hago? Tengo que esconder lo que gano porque si él lo encuentra, lo gasta inmediatamente. Pero tengo mi caja fuerte.

Roxana: ¿Tu caja fuerte?

(Svetlana duda, después va al aparador, baja una tetera azul. La abre. Saca un fajo de billetes)

Svetlana: Está rota, ella nunca la usa. Los he ahorrado en este año.

Roxana: ¿Y cómo lo has hecho ?

Svetlana: El marido de la Señora, cada cierto tiempo, me daba pequeños extras. Estos servirán para comprar la casa y para tu niño.

Roxana: No quiero tu dinero. No quiero tener que agradecerte.

Svetlana: Entonces habla con el tío Cristián. Llegó hace algunos días. Verás que hermoso vestuario. Ahora parece un Señor. Va con un hermoso automóvil. En Rumania, ustedes eran muy cercanos ¿no?

Roxana: (Levanta los hombros). Me hacía actuar en sus filmes.

Svetlana: Precisamente. Tal vez te podría encontrar trabajo en la Agencia de viajes.

Roxana: Podría ir a Alemana, alcanzar a Yuri.

Svetlana: ¿Y después?

Roxana: Yuri tiene una discoteca, yo sé cantar. Cuando estaba en Bucarest, tenía un grupo. Hay muchachas que bailan en un Night.

Svetlana: ¿Quieres convertirte en prostituta?

Roxana: Dije bailar. No soy fea. Sé moverme. Sé que gusta. Leí en el diario de una....

Svetlana: Podría, podría...

Roxana: Si no voy, Yuri se olvidará de mí.

Svetlana: Olvídalo tú. Ya has sufrido lo suficiente.

Roxan: Daca Yuri m-ar chemat macar o data cand eram asa de singura! Si me hubiera llamado cuando me sentía tan sola...

(Pausa)

Svetlana: Basta de sueños ahora. Fuerza. Colócalo en el armario. Toma (busca en la cartera, le pasa un billete). Para el peluquero.

Roxana: ¿Y tú?

Svetlana: (Rompe el recorte del diario). Yo no sueño más.

(Svetlana entra a la cocina. Roxana mira el vestido. Permanece sola en la pieza. El Fantasma de la Madre de Svetlana entra y se sienta en una silla, con la hoja de diario en sus rodillas)

Fantasma de la Madre de Svetlana: E mai bine sa nu tii copilul asta! Mai bine avortezi. Am vorbit deja cu femeia, te asteapa. Nu te îngrijora daca e prea mare, o sa ti-l scoata oricum si apoi noaptea o sa-l îngropam în gradina. Trebuie numai sa astepam întunericul. O sa-l punem aici, în hârtie de ziar, în dulap, la sigur. Nu o sa-si dea nimeni seama, fii linistita.

Mejor que no tengas este niño. Mejor que abortes. Ya hablé con la mujer, te espera. No te preocupes si es muy grande, te lo sacarán y en la noche lo enterrarán en el jardín. Tenemos sólo que esperar en la oscuridad. Lo pondremos aquí, en el papel de diario, en el armario, al seguro. Nadie se dará cuenta. Puedes estar tranquila.

(El Fantasma levanta el vestidito blanco de recién nacido , ensangrentado, empieza a envolverlo en el papel de diario. Roxana se toca el vientre, escapa a su pieza... el celular de Svetlana, suena, pero nadie responde)

7) LUSTRAR LOS ZAPATOS.

(Es de noche. Roxana golpea la puerta de la Señora)

Roxana: Tengo hambre.

Señora: Pero son las cuatro de la mañana.

Roxana: ¡Bah! Yo tengo hambre ahora.

Señora: Mira lo que ha dejado Catalina en la cocina.

Roxana: Me dan asco esas cosas. Quiero un helado.

Señora: No tengo helado en casa.

Roxana: Voy a comprarlo afuera, pero no tengo dinero.

Señora: ¡A esta hora?

Roxana: Tengo ganas.

Señora: Afuera es peligroso.

Roxana: Sé cómo defenderme.

Señora: Me harás estar ansiosa. Tal vez sea mejor llamar a Catalina.

Roxana: Está bien. Comeré un chocolatito..

(Toma un chocolatito de la Cómoda)

Señora: Eres como Silvia. También ella era capaz de levantarse en el corazón de la noche pidiendo un plato de fideos. Era flaca, como tú, pero no le faltó nunca. Era siempre la última en comerse la última galleta del plato. Era mi niña. Después se alzó una muralla entre nosotros. Al final, fue demasiado tarde. ¿Sabes?, ella también esperaba un niño.

Roxana: Ya me lo dijiste.

Señora: Nunca he servido para hacer de abuela. Tengo sólo a Amadeo, mi tesoro. Por eso tú me das una gran alegría...

Roxana: ¿Cuándo podré tener el cheque?

Señora: Haré venir al abogado los próximos días..

Roxana: ¿El abogado?

Señora: Sí, es mejor poner las cosas por escrito. Para no tener problemas. Una vez que se ha entregado el niño, ya está dado. ¿Estás conciente?. No podrás arrepentirte.

Roxana: No tengo intención de arrepentirme.

Señora: ¡Bravo! ¿Sabes?, te admiro. No eres como tu madre. Eres como yo. Somos mujeres fuertes, decididas. Si no fuera así, no podría haber dirigido mi empresa. Abre el armario, quiero mostrarte algo.

Roxana: ¿Qué?

Señora: En esa caja, con la cinta. (Roxana saca un par de zapatos). ¿Has visto alguna vez, zapatos así? ¿No son espléndidos?. Huele que perfume. Adelante, acerca la nariz. Es cuero de verdad.

Roxana: Sí, son bellos.

Señora: Pruébatelos. No pareces muy convencida..

Roxana: Son muy... cómo se dice... clásicos... en resumen, son de viejos.

Señora: ¿De viejos? ¿Estos zapatos?

Roxana: Le gustarían a mi madre. Los encontraría respetables. A mi, me gusta otro tipo... que sé... de marca Dolce e Gabbana .

Señora: ¿Dolce e Gabbana? (para sí) Cosa de homosexuales..

Roxana: ¿Y éstos?

(Roxana saca los zapatos rojos)

Señora: No, esos no son de mi negocio.

Roxana: Fuertes.

Señora: Eran de ella, de Silvia.

Roxana: El mismo número.

Señora: Los usaba la tarde de su cumpleaños. Otra de sus rarezas. Le había comprado un hermoso vestido azul, lo hice hacer por mi modista. Los zapatos de charol, habrían estado perfectos. Pero ella quiso ponerse, a toda costa, esos. No le venían. Eran un golpe para los ojos. Los llamaba sus zapatos de batalla.

(Roxana se los pone)

Señora: ¿Qué haces?

Roxana: Me los pruebo. Me quedan bien.
(Da un paso divertido)

Roxana: ¿Me parezco a Angeline Jolie?

(Imita a una diva)

Roxana: Sí, espero un hijo de Bratt Pitt.

Señora: ¡Dios mío!

Roxana: ¿Qué pasa?

Señora: Nada, por un momento pensé... me pareció..

Roxana: ¿Qué fuera ella?

Señora: Sí.

(Pausa. Roxana se saca los zapatos)

Roxana: ¿Cómo murió tu hija?

Señora: Un ataque al corazón. Un colapso.

Roxana: ¿Tan joven?

Señora: Sí, no sé. Tal vez fue culpa de un embarazo extra uterino... Una disfunción congénita. No sé exactamente cómo murió. Sucedió fuera de casa. Ya se había ido con esos delincuentes. Ha pasado mucho tiempo.

Roxana: ¿Puedo conservarlos?

Señora: Tienen el taco muy alto para una mujer encinta.

Roxana: No tengo intención de usarlos ahora. Para después.

Señora: Pero sí, tómalos. ¡Si los otros son para viejos!

Roxana: Pensaba... Ustedes con el negocio, tendrían seguramente facilidades para conseguirlos.

Señora: ¿Qué tipo de facilidades?

Roxana: Para ustedes no debería ser difícil conseguir zapatos Dolce e Gabbana. Tres pares ¿eh?

Señora: Un par.

Roxana: Dos.

Señora: Está bien.

Roxana: O.K. Gracias. Me voy a duchar. ¡Ah! A propósito, los productos que me dejaste en el baño, no sirven, me irritan la piel. Tienen olor a viejo. ¿Se podría tener otra espuma para el baño? Tal vez menos económica.

(La Señora hace una señal con la cabeza, Roxana entra al baño, llevando los zapatos. La Señora se acerca a la jaula)

Señora: Pobre Amadeo, pobre tesoro mío.

(Aparece el Fantasma de la Hija, con la máscara africana)

Fantasma de la Hija: ¿Piensas que es suficiente hacer desaparecer mis zapatos, para olvidarme? ¡No será tan simple! ¡Dios mío! Tu cara cuando me los puse con tu vestido. Ni que me hubiera pintado con mierda. Siempre tuviste la obsesión de los uniformes. Cuando atendía en tu negocio me obligabas a usar un estúpido traje azul. Me controlabas desde tu oficina, y que sonriera, que fuera simpática con los clientes. Que estuviera lo

suficientemente arrodillada ante sus pies... Gozabas al verme de rodillas, lo juraría. Me dabas órdenes de patrona, como lo haces con tus empleadas domésticas... Era una esclava y un trofeo ¡que hija obediente y simpática! Me explicaste que lo hacías para no ponerme incómoda frente a las otras... la verdad es que era otra de tus posesiones, otra pieza de museo. Para mi cumpleaños me regalaste un vestido azul, un vestido de muerte. No habías entendido nada de mi enfermedad. Esos zapatos eran mi último grito. Quería hacer que me miraras. Quería decirte que quería vivir. Quería arrancarme de la cara la patética máscara de salud que me habías hecho pintar con ojos de perro y gritarte que estaba muriendo, que tenía necesidad de una madre. No importaba si no lo fuiste nunca... Quería que lo fueras por mí ¡Hazlo! ¡Ahora! Pero mi grito no salió nunca. Todo aquí pierde su voz, como este papagayo. Mi padre te traía el mundo después de sus viajes, y el mundo apenas entraba aquí, se convirtió en una pieza de tu museo de yeso.

(La señora toca varios cascabeles de Amadeo)

No creas que desapareceré tan fácil. Quedaré bajo la mesa. Me meteré en las cañerías, como unas sobras que taponan y no bajan, y gritaré en silencio desde las alcantarillas. Me beberé tu ácido y lo escupiré fuera. Seguiré mordiendo tus tobillos en los sueños. Espero pacientemente tu muerte

Señora: (A Roxana) Han pasado diez minutos. Ahora basta con la ducha. (Coloca los zapatos en la caja con cintas)

Señora: Estos son puro cuero...Qué " Dolce e Gabbana". (Los huele). No son para homosexuales.

8) PREPARAR UNA CENA ESPECIAL.

(La Señora habla por teléfono con su amiga)

Señora: Se lo dije. Dijo que vuelve mañana.. La muchacha parece decidida... Vamos a ver. Lo mandé hoy (Ruidos de llave en la cerradura). Ahora no puedo seguir hablando. Te llamaré de nuevo.

(La Señora deja el teléfono. Svetlana entra con varias bolsas con compras. La Señora ha dispuesto las tazas azules en la mesa. A Svetlana casi se le caen las bolsas y habla con un hilo de voz)

Svetlana: ¿Y dónde está la tetera?

Señora: Estaba rota.

Svetlana: ¿Y entonces?

Señora: La boté.

Svetlana: ¡No!

Señora: Pero, ¿qué tienes? ¡Vaya que eres extraña! Bromeaba. La puse en la mesa de la cocina.

Svetlana: (Aliviada). Tal vez se pueda arreglar. A usted le gusta mucho ese servicio.

Señora: Si lo consigues. Aunque a mí no me gustan las cosas rehechas. Quiero que las hagas brillar Catalina, una a una, y también la vajilla... Quiero preparar una linda cena mañana. ¿Qué has comprado?

Svetlana: Verdura, carne.

Señora: No, se necesita algo sabroso... Nada de verduras cocidas. Camarones, gelatina.

Svetlana: Está contenta hoy la Señora.

Señora: Si, miijo está por regresar.

Svetlana: Regresa antes de lo previsto.

Señora: Ya tengo una buena noticia que darles. ¿Dónde está Cristiana?

Svetlana: Tenía un control con la doctora... Señora, fue muy amable al pedirle a su amiga de llamar por teléfono.

Señora: Es una doctora muy buena. La mejor. Quiero que todo vaya bien.

Svetlana: Mi marido y yo estamos muy felices.

Señora: ¿Compraste lo que te pedí?

Svetlana: Si señora. (Las saca de su bolsa). Jabón, chocolate.

Señora: ¿Y el helado?

Svetlana: Está aquí.

Señora: Bien.

(Vuelve Roxana. Tiene el cabello teñido de negro. Svetlana se sobresalta.)

Señora: (Excitada). He aquí nuestra madrecita. ¿Entonces?

Roxana: Todo bien.

Señora: ¿Cuándo nacerá?

Roxana: Todavía falta un mes. Pero podría ser antes.

Señora: Muy bien. Estaremos preparados.

Svetlana: No se preocupe Señora. Cristiana regresará con nosotros la próxima semana. No la molestará más.

Señora: No hay apuro. Has visto querida. Como lo habías pedido. Chocolates y... helados.

Roxana: ¿Y los productos para el baño? (Mira las etiquetas). Usted había dicho: " Dolce e Gabbana".

Svetlana: Dolce e... (Saca sus apuntes y controla)

Señora: ¿Pero qué haces? ¿No sabes leer? (A Roxana, bromeando) ¿No sabe quiénes son? ¿Sabes quiénes son?

Svetlana: (Controla sus apuntes). Aquí escribí "Dolce e Gabbana" jabón. Pensé que eran dos cosas. Pensé que quería "dulce y jabón"... me equivoqué al leer.

Señora: ¡Lo sabe hasta Amadeo! ¡Estás fuera del mundo! Baja y cómpralos. "Dolce e Gabbana" ¿entiendes?. Márcalo bien esta vez.

(Entra en su pieza. Roxana abre la caja de chocolates y empieza a comerlos)

Svetlana: ¿Pero qué pasa?

Roxana: Nada

Svetlana: El helado, los chocolates, los artículos de marca. Y después... ¿Qué has hecho con tu cabello?

Roxana: Estuve en la peluquería. Los teñí. ¿Te gusta?

Svetlana: Pobre niño, ¡la madre que tendrá!

Roxana: No sea dicho.

Svetlana: No sea dicho ¿qué?

(Pausa. Roxana baja la mirada)

Roxana: Que tenga una madre como yo.

Svetlana: ¿Qué se te ha metido en la cabeza? Para de comer chocolates. ¿Entonces?

Roxana: Estoy evaluando una propuesta.

Svetlana: ¿De quién?

Roxana: No te importa.

Svetlana: ¿Cómo que no me importa? Soy tu madre.

Roxana: Te acuerdas un poco tarde, me parece.

(Svetlana intenta golpearla)

Roxana: ¿Qué haces? ¿Me pegas? Estas son las únicas caricias que sabes dar.

Svetlana: Eres cruel.

Roxana: Tú me abandonaste.

Svetlana: ¿Qué crees que ha sido mi vida? ¿Una fiesta? No imaginas cómo han sido mis noches, despierta, pensando en ti. Todas las veces que pasaba ante un negocio, miraba los broches y los imaginaba en tu hermosa cabellera.

Roxana: Por eso, siempre tuve mi pelo corto.

Svetlana: Traté de hacer que sintieras que estaba cerca tuyo.

Roxana: Cierto. Tus estúpidas tarjetas de Navidad.

Svetlana: Siempre te llamé por teléfono, gastando todos mis ahorros.

Roxana: ¿Y qué hacía con tu voz al teléfono? Los otros niños tenían colaciones, envueltas en servilletas blancas, vestidos planchados. Tenían a quién mirar en la fiesta de la escuela. Al fin, dejé de ir.

Svetlana: ¿De ir a la Escuela?

Roxana: Pasaba los días caminando por el Parque Cismigiu,¹ para beber.

Svetlana: ¿Y por qué? Siempre te gustó la escuela... siempre fuiste una de las primeras...

Roxana: Hay tantas cosas de mí que no sabes.

Svetlana: Hice lo que pude...

Roxana:

Era sólo un deber. No sentí nunca un tono de voz convincente. Por teléfono me preguntabas si había comido, si me iba bien en la escuela. Terminaba ahí.

Svetlana: Me parecía falso. Trataba de decirlo, pero me sentía culpable. Pensaba que te traicionaba.

Roxana: Una vez, dilo ahora.

Svetlana: ¿Qué quieres que te diga?

Roxana:

Ca me investí. Que me quieres.

Svetlana: Te inbesc. Te quiero.

Roxana: Vezi? esti falsa. ¿Ves? Eres falsa...

(Entra a su pieza)

Svetlana: (en voz baja como rezando). Te inbesc. Te inbesc. te inbesc. Lo sé. Déjame tratar. Déjame tratar de decirlo más de una vez. Déjame tratar de decirlo todos los días.

(La Señora sale de su habitación).

Señora: ¿Bah? ¿Todavía estás aquí?

¹ Parque de Bucarest.

(Svetlana se seca los ojos)

Señora: ¿Qué significan esas lágrimas?

Svetlana: Nada. Perdóneme...

Señora: No te debe disgustar. Hizo la elección justa.

Svetlana: ¿Que elección?

Señora: Sobre el niño.

(Pausa. Svetlana no entiende).

Señora: Mi hijo y mi nuera lo querrán.

Svetlana: Dar ce intampla?.. Pero, ¿qué está sucediendo?

Señora: Si hablas esa lengua absurda, no entiendo nada.

Svetlana: Va a buscar a Roxana a la pieza. La arrastra. Maldita. ¿Qué se te ha metido en la cabeza?

Señora: ¿Qué pasa? Catalina ¿has enloquecido?

Svetlana: ¿Quieres dar a tu niño? No puedes hacerlo.

Señora: Ella no lo quiere. Tiene razón. Es joven aún. Puede rehacer su vida. Sólo fue un error.

Svetlana: Yo me encargaré del niño.

Señora: Es demasiado tarde. Haré venir al abogado. A este punto es mejor poner las cosas en claro. Te explicaré lo que debes firmar.

Roxana: ¿Y el cheque?

Señora: Después de la firma.

Svetlana: No.

Señora: ¿Qué dices Catalina?

Svetlana: No. (A Roxana). Te ruego, me pongo de rodillas ante ti.

Roxana: Eres ridícula.

Svetlana: Toma mi dinero, pero conserva el niño.

Roxana: Dile como has obtenido ese dinero. Dile de los trabajitos extra para el señor.

Señora: ¿Qué trabajitos extra?

Roxana: Sí. Mira en la tetera.

Señora: ¿Qué tiene que ver la tetera?

Svetlana: Ese dinero es mío. Lo he ahorrado para comprarme una casa en Rumania.

Roxana: La casa de la calle Blanari. ¿Quieres saber la verdad? Esa casa no existe. Dentro de poco la demolerán para hacer nuevos departamentos... Los propietarios no eran dos simpáticos ancianos, era una pareja de borrachos. Fui a ver esa casa. No es como la describiste. No hay parquet, y las ventanas dan a un patio sin luz y lleno de basura. Pasean los ratones en tu parquet. Tu ridículo sueño de felicidad está hecho sólo de mentiras.

Svetlana: ¿Te estás vengando? ¿Piensas así, vengarte de mí? Adelante, golpéame si te sirve... Pero esto es algo que recaerá en tu conciencia y te romperá el corazón para siempre. Separarte del niño es la cosa más atroz que pueda suceder a una madre.

Roxana: ¿Qué tiene de especial este niño para que tú lo quieras tanto? Veamos. Tú quieres a todos... te refriegas con los extraños para sentir un poco de calor. Todos reclaman su pedazo de torta. Hasta ese viejito entontecido. Miras la T.V. sentada en el diván y finges ser una mujer que vivió hace treinta años. Yo no soy un fantasma. No vivo en el pasado, vivo ahora. Si me quieres así, bien. ¿Por qué no me das la libertad de irme?

Svetlana: No.

Señora: Catalina, ahora estoy perdiendo la paciencia. Estas escenas son inadmisibles. Deja en paz a esta pobre muchacha. Eres de un egoísmo monstruoso. ¿Qué puedes ofrecer a este niño? ¿Te has visto? Eres la tristeza hecha persona. Desolación. Eso es lo que le ofrecerías. Adelante, eres una mujer adulta.

Svetlana: (Con un hilo de voz). Es ilegal.

Señora: ¿Qué has dicho?

Svetlana: Es ilegal. No se pueden vender así a los niños...

Señora: ¿Qué haces? ¿Me amenazas? ¿Precisamente tú hablas de legalidad? ¿Crees que no sé quién vive en vuestra casa? ¿O cómo tu marido se gana los trescientos euros? Basta sólo una palabra mía, y todos terminan en prisión.

Svetlana: ¡Cállate!

Señora: ¿Qué dices?

Svetlana: Has escuchado. ¡Cállate!

(Lanza al suelo una taza azul)

Svetlana: (A Roxana) ¿Es esto lo que quieres que haga? ¿Destruir lo que he construido?... ¿Botar todos los sacrificios de estos años? Está bien. Lo hago. Mira. (Tira al suelo otra taza) Mira.

Señora: ¡Mis tazas! Llamo a la policía...

(Roxana explota de la risa)

Svetlana: ¿Por qué te ríes? ¿Por qué ríes? ¿Dónde está tu corazón?

(Roxana deja de reír)

Roxana:

No lo sé, pero puedo vivir sin él...

(Vuelve a su pieza)

Señora: Es muy tarde. Ella no te perdonará jamás. No hay nada peor que el odio de una hija. También Silvia me odió siempre. Hizo de todo para contradecirme. Los jóvenes de hoy no reconocen los sacrificios de los padres. Quise meterla en el negocio de los zapatos, pero no servía. No le interesaba. No se entendía lo que le interesaba. En la escuela era buena, pero no excepcional. Escribía poesías y las rompía. Le preguntaba: ¿Qué sentido tiene crear, para luego destruirlo? Silencio. Siempre trató de hacerse notar, por su padre, sobre todo. Traté de hacerme querer por ella. Pero sólo trataba de humillarme. Cuando quedó embarazada, no quiso darme la satisfacción de ser abuela, y escapó. Así, con sus zapatos rojos. Frente a mi amiga, frente a todos, por el gusto de herirme. La verdadera naturaleza, al fin, siempre aflora.

(Pausa)

Svetlana: Su hija no estaba embarazada.

Señora: Y esos monstruos de abajo me la llevaron.

Svetlana: No estaba encinta ni escapó.

Señora: Cuando niña, le peinaba sus cabellos.

Svetlana: No esperaba ningún niño.

Señora: Le pusimos ese vestido rosa vieja y los zapatos de charol que le gustaban tanto. Si sólo me hubiese dejado cuidarla. Si se hubiese dejado examinar por los médicos, habríamos podido salvarla a ella y a esa pobre criatura.

Svetlana: No había ningún niño.

Señora: Embarazo extrauterino congénito. Un mal de familia.

Svetlana: Estaba drogada. Droga. ¿Entiende? Eso vomitaba. Droga. No se escapó de la casa. Se mató en su baño. ¿Recuerda? ¡En el baño! Yo la limpié. Después la levantamos, la pusimos sobre su cama. La vestimos. Usted hizo desaparecer la jeringa. Yo limpié los vómitos.

Señora: Estoy muy cansada.

Svetlana: Usted llamó a todos y les dijo que había tenido un colapso.

Señora: Embarazo extrauterino.

Svetlana: Hicimos desaparecer los indicios como dos asesinas.

(Pausa).

Señora: ¿Sabes qué dijo esa africana de la máscara? Que se cubre la cara de los muertos para que encuentren la paz. Todos estos años aquí sola, con esos sueños horribles. No fue fácil, Catalina.

Svetlana: Señora.

Señora: Mira, me has hecho llorar. ¡Espejo! ¡Dije espejo!

(Svetlana le trae el nécessaire)

Señora: El destino de nosotras las mujeres es estar siempre desesperadamente solas. Bellas, feas, ricas, pobres, antes o después tenemos que sacar cuentas con el vacío. Lo llenamos de gestos, lo controlamos, pero cada día crece y es más opresivo. Y al final todas nos encontramos escupidas en la vereda, como capullos marchitos por insectos, pisoteados por zapatos sucios de extraños. ¡Polvo!. ¿Cómo estoy?

Svetlana: Muy bien, como siempre.

Señora: Ya, como siempre. Toma un chocolate y trae uno para mí.

(Svetlana toma la caja de chocolates. La Señora toma uno, después le ofrece a Svetlana).

Señora: Adelante. Svetlana dudosa toma uno. Ambas comen. No nosotras somos iguales. Somos dos madres abandonadas. No tenemos más hijos, no tenemos marido, el mío murió, el tuyo... Sabes lo que quiero decir. Yo te tengo a ti, tú me tienes a mí. En el fondo he sido tu verdadera familia. Lo sabes. Tu casa es ésta, eres parte de ella. Compara el tiempo que has pasado aquí con el que has vivido allá. Sé honrada. ¿Y sabes por qué? Esa realidad te era insostenible. ¿Quién te puede criticar? Nadie huye de algo por nada...Tú quisiste dejarlos. No podemos producir el amor dentro de nosotros, si a su vez, no lo recibimos. Nuestras reservas de amor están agotadas desde hace mucho, y tenemos que buscarlas en otro lado. Sólo podemos robarles un poco a los otros. En el fondo ambas hemos hecho lo mismo. Yo te robé a ti y tú a mí.

Svetlana: ¿Qué he robado yo?

Señora: Digamos que yo robé tu vacío y tú el mío. Fui la madre que no tuviste, y tú la hija devota que acompaña mi vejez. Siempre te ofreceré chocolate, y sé que puedo confiar en ti Catalina. Tú me vestirás cuando muera, mientras mi hijo se inventará otro viaje de negocios. Tú me pondrás los zapatos que prefiero. ¿Sabes cuáles son, verdad?

Svetlana: Aquellos de pulsera.

Señora: Tómalos. Déjame oler el perfume. Ven (le hace una caricia). Sabes que para mí eres como una hija Catalina. ¿No fui yo quien regularizó tu situación? ¿No fui yo, quien te defendió cuando tu marido te golpeaba?

Svetlana: (Se deja caer al piso, junto a la silla de la Señora). Pero, ¿cuál fue el precio, señora?

Señora: ¡Shh! Todo tiene un precio querida. Lo que ha sido, ha sido. He aquí, mi Catalina. Basta hablarle dulcemente, como a un viejo papagayo. (Le acaricia el cabello) Mi tesoro.

(Roxana en el umbral de su pieza, con una maleta en la mano, ha seguido la escena. Calza los zapatos rojos)

Roxana: No es un papagayo, vieja tonta, es mi madre. ¡Y no se llama Catalina, se llama Svetlana! ¡Por Dios! ¡Mírense! la sirvienta y la patrona. Parecen dos viejas lesbianas en un porno-show. Son patéticas.

Señora: Esos son los zapatos de Silvia. Sácatelos inmediatamente.

Roxana: Cambié de idea. Nada de abogado. Ahora quiero el dinero Cash.

Señora: ¡Olvídate! No estás en posición de tratar.

Roxana: Entonces, me voy.

Señora: Habíamos hecho un pacto.

Roxana: ¿Ah, sí? Y yo no lo respeto.

(Va hacia la jaula del papagayo, lo saca del pedestal)

Señora: ¿Qué quieres hacer? ¿Quieres matar a ese pobre animalito?

Roxana: Las joyas... ¿dónde están? ¿Tu tesoro?

(La jaula tiene doble fondo. Roxana encuentra las joyas)

Señora: (Con voz dramática). No puedes tomarlas. Son un regalo de familia... Pertenece a los Franzoni. ¡Yo soy esas joyas! Son producto de nuestro trabajo son... (Se interrumpe, cambia tono) ¿Cómo supiste que estaban ahí?

Roxana: El diario.

Señora: ¿Qué diario?

Roxana: La negra no le robó, los robó tu hija... Compraba la heroína. Está todo aquí. (Le lanza el diario de Silvia) ¿Cuánto me ofrecías por el niño? ¿Veinte mil?

Señora: Quince, y esas valen seguramente más.

Roxana: Te aseguro que no son suficientes. Tomaste su vida y la mía. Ella estaba aquí para limpiar los vómitos de tu hija. Y tu culo. ¿Por qué no limpiabas tú el vómito de tu hija?

Señora: Deja inmediatamente esos zapatos y mis joyas. ¿Qué harás?

Roxana: Las revenderé, las haré fundir. Cristián me ayudará a encontrar clientes. Sacaré las piedras preciosas y las venderé a quien me dé más. Nadie las reconocerá. No quedará rastro del pasado, nada que recuerde al mundo que te pertenecían. Así me aseguro un trozo de futuro, una posibilidad.

Señora: Te denunciaré.

Roxana: Estaré lejos. (Abre las ventanas, pone la jaula afuera. La abre)

Svetlana: Lasa in pace papagalul. Deja en paz al papagayo.

Roxana: Il drau drumul sa IASA din colivie. Lo echo afuera.

Svetlana: Morirá. Los papagayos no saben volar. No es un pájaro que vuela.

Roxana: Nadie puede volar, hasta que no lo intenta. Tal vez se morirá.

(Hace salir al papagayo, retira la jaula vacía).

Señora: Como ella. Como Silvia. Ella también es una histérica.

(Roxana coge la maleta)

Svetlana: Entonces, ¿conservarás al niño?

Roxana: ¡Por Dios! Eres increíble. ¿Es todo lo que sabes decir? ¿No ves que te estoy dejando para siempre? ¿Y no sé que será de mi vida?... ¿sabes cual es el verdadero problema? quieres controlar todo. Piensas que el tiempo pasa y que todo permanece igual, como una tarjeta que se destiñe. Que sea todo como lo imaginabas durante estos años, pero no es así. Sigues viéndome como tu muñeca nueva. Tu princesa. La que tiene buenas notas en la escuela. La que será peluquera. El hecho es que tú no me ves. No me quieres ver. Eres tú la que quiere que sea invisible, porque admitir que me falta un ojo, y que el hermoso vestido celeste tiene agujeros sería una derrota. Me disgusta. Tengo agujeros por todos lados. No soy la niña buena.

Svetlana: ¿Y quién eres?

Roxana: Soy Roxana. La prostituta rumana. Soy Cristiana, la ladrona. Soy la amante decepcionada y abandonada. Soy la hija que decepciona, la madre que abandona. Soy Silvia, la muerta, que se arranca con los zapatos de los tacos rotos.

Svetlana: No eres más la Roxana que conozco.

Roxana: Para ti todo estaba decidido. La casa con las cortinas amarillas, el negocio de peluquera, y fuera de la ventana, el paisaje de tu tarjeta descolorida, campos y colinas. Pero este es un mundo de fantasmas que ya no existe. Me has reducido a una imagen que no habla. Soy como esas fotografías de la muchacha muerta. Estoy viva. ¿Entiendes? Viva... Mamá (la remece) ¿tienes el coraje de hablar de tus sufrimientos? No puedes imaginar lo que yo he sufrido. Vuelve a remecerla). Mamá por cierto que no te contaba nada por teléfono. Tenía miedo de contarte, pues tu desesperación me habría caído encima como fango enterrándome para siempre... Enterrada viva, por la piedad tuya, mamá. Pero ahora debes darme el derecho de hablar. El derecho a ser visible.

Svetlana: Te ruego que no tomes esas joyas. Toma mi dinero.

Roxana: Siento que están sucios. Me repugnan.

Svetlana: Le diré a Cristián que no te ayude. Te devuelva a casa.

Roxana: Cristián. ¿Qué sabes tú de Cristián?

Svetlana: ¿Qué debería saber? ¿Que son estos misterios? ¡Dios mío! Pareciera enloquecer. Te dejé con tu abuela. Eras una buena niña. Al teléfono me decías que todo estaba bien...

Roxana: ¿Qué debería haberte dicho? Me pasaba día tras día a esperar esas llamadas, y cuando llegaban se secaba mi garganta y no podía respirar.

Svetlana: Eras mi princesa...

Roxana: ¡Bah ¡ Abre los ojos. No fue así.

(Pausa)

(Busca en la maleta y le pasa una videocasete VHS.). Mira. El film artístico que se filmó con tu cámara. Mira a tu princesa.

Svetlana: ¿Qué dices? ¿Que inventas?

Roxana: No estaba el abuelo. La abuela ya estaba enferma. Tal vez sabías, tal vez no. Yo pelaba sus papas en la cocina. No, nadie dijo nada. Sólo Yuri lo sabe. A Yuri fue la única persona que se lo dije.

Svetlana: Son todas mentiras. ¿Por qué habrías pedido la ayuda a Cristián para las joyas? Ves como mientes. Entre ustedes siempre hubo una relación especial de afecto...

Roxana: Porque aprendí la lección. Tú me explotas, yo te exploto. Si esto servirá para abrirme la jaula, estoy preparada para todo.

Svetlana: ¡Oh, Dios mío!

Roxana: Mamá, escúchame...

Svetlana: ¿Qué quieres?

Roxana: Cantar. Nunca me has escuchado cantar.

(Imagina tocar una guitarra. Una música sube lentamente, como en un sueño alucinado. Comienza a cantar una canción, un menèle. La canción se llama "Sa mi dai un telefon" de Daniela y Livia Gruta. Cuenta de la angustiada espera de una llamada telefónica que nunca llega)

Inni spuci ca o sa pieci..
Mi poti sa intelegi, le mie gren fara tine
As vrea sa te ofrece pt k te imbesk
Plange inima in mine

Sa-mi dai un telefon di cand in cand
Sau Scriemi un mesy macar un rand
sa uite kte-am, ar fi pakat
Si cam am plans atunci cand ai placat

pieci dar nu spui de ce, si sufletul men e
retacit si pustin..
m. ntrab oare gresil, be pera miul te arm inbit,
dc pllci, en nu stire

Señora: Ves que tenía razón. Eres una artista, tienes que continuar a....

Roxana: No empieces de nuevo a comprarme, vieja...

Señora: Abre el armario. El vestido de novia. Tómallo.

Roxana: ¿Piensas que te devolveré las joyas? ¿Oh mi hijo? ¿Un nuevo cambio? Estás loca. Quédate con tu vestido blanco. Me fastidiaría donde tengo que ir. A la nada. No gracias. Tomo sólo esto. De los sueños no sé que hacer.

(Svetlana trata de retenerla)

Svetlana: ¡Speranta! te rog lasa-mi macar speranta.) La esperanza. No me quites al menos la esperanza.

Roxana: (La abraza fuertemente). La historia quiere que yo sea cruel. Lo siento. Sólo tengo mi rabia. No la puedo echar fuera. De otra forma, caería al suelo como un saco vacío de San Nicolás.

(Se suelta. Se dirige a la puerta y sale)

9) SOBRE TODO, ACUÉRDATE DE NO SONREÍR.

Señora: ¡Coraje! No llores, estúpida sentimental. Debemos reaccionar, ser fuertes. Ahora pongamos todo en orden y empecemos de nuevo nuestro programa. Adelante Catalina.

Svetlana: No me llamo Catalina. Odio este nombre. Me siento como uno de sus zapatos cuando me llama Catalina.

Señora: No me gusta tu actitud.

Svetlana: ¿Qué tengo que perder? No tengo nada. No soy nadie.

Señora: Sí, perder a una hija, es tremendo.

Svetlana: Jamás he tenido una hija. Jamás he tenido un padre y una madre. Nunca he tenido nada. Cuando regresé a mi vieja casa, fue cuando el funeral había terminado. Usted no me lo permitió...

Señora: Podías desobedecerme.

Svetlana: Podía pero no lo hice.

(La puerta de la pieza de la Señora se abre. Sobre el lecho está extendida la silueta sin vida de la Madre de Svetlana, entre cirios encendidos)

Mi madre ya había muerto. No había un cuerpo sobre el que llorar. El vacío. Entonces traté de recordarla en los rincones de esa casa. Su cuerpo, su olor. Pero se había llevado todo con ella. Veía solo su rostro severo, que me decía lo mismo que cuando estaba viva. Su fantasma vagaba por toda la casa, reprochándome. Tal vez es verdad lo que se dice de los fantasmas, que se quedan con nosotros hasta que los dejemos en paz. Y sólo cuando los dejamos en paz, desaparecen, y podemos empezar de nuevo a vivir. Era mi madre adoptiva. Sí, mis padres verdaderos me habían abandonado. Era niña y vivían en una casa cercana... En la calle Blanari. Lo descubrí tarde. Desde aquel momento, pasé muchas veces frente a su puerta. Peleaban siempre, o reían. Siempre reacciones excesivas. Una vez, golpeé su puerta. Estaba abierto. Siempre sentados a la mesa... Comían con gusto. "¿que pasa?" me preguntaron. No podía decir nada. Sabían quien era yo. No me pidieron que me sentara. Me quedé ahí mirándolos, mientras estaban en la mesa. Miré a quien me había abandonado frente a una puerta. Nosotros no teníamos nada, y ellos, con apetito metían la

cuchara en su gulash. Bajé de nuevo, y me juré a mí misma que compraría esa casa. Que llegaría a ser rica, y comería carne toda la vida. Pero esa casa ya no existe. Mi país ya no existe. No tengo un país... El tiempo ha pasado, y se ha desmontado pieza por pieza, cuando yo no estaba.

Señora: Catalina. No fuiste afortunada.

Svetlana: Mi madre no era mala, era yo la que estaba en el lugar equivocado. Era una molestia más para su vida. Me molía a golpes, pero esos golpes eran menos que el silencio de mi madre verdadera. No recuerdo jamás un abrazo o una caricia. Jamás, nada de nada. Papas bajo las cenizas.

(La puerta se cierra de golpe)

Señora: ¿Por qué me cuentas esto?

(Svetlana la besa)

Señora: ¿Qué haces, has enloquecido?

Svetlana: Usted fue mi madre. Lo dijo así ¿No?

Señora: Dije que...

Svetlana: Saruta-ma.... Entonces bésame. Abrázame.

Señora: Pero yo...

Svetlana: Haz lo que haría una madre. Acaríciame el cuello.

Señora: Estás loca. Yo lo decía como metáfora.

Svetlana: ¿Y quiere decir....?

Señora: Sé que no has estudiado...

Svetlana: No es verdad. Estudié. Era buena en la escuela. Ganaba las Olimpiadas. Yo...te ruego. Tengo necesidad de esconderme debajo de tu frazada, y sentir tu olor, (la besa de nuevo).

Señora: ¡Basta! ¿Qué haces? ¡Soy una vieja! ¿Qué pasa por tu cabeza? Lo nuestro es sólo una relación de trabajo.

Svetlana: Usted dijo que éramos madre e hija.

Señora: Esto es una relación profesional. Cosa de locos. Es como si una de mis empleadas se colgara de mis vestidos. No es mi culpa si tu vida es un desastre.

Svetlana: También su vida es un desastre.

(Pausa)

Svetlana: Su marido la traicionaba.

Señora: ¿Entonces? Todos los maridos traicionan a sus mujeres...

Svetlana: Su marido repartía por toda la casa material pornográfico y me obligaba a verlas, y después se excitaba con mis reacciones.

Señora: ¿Qué tonteras dices?

Svetlana: Fotografías con mujeres desnudas. Que hacían el amor entre ellas. En dos, en tres. Con hombres, con animales. Me las dejaba en el baño, en el lavaplatos de la cocina, hasta en los cajones de la ropa blanca, entre los detergentes. Primero pensé que era casual, pero después entendí que era cierto cuando me puso una mano en la boca y me obligó a tocarlo.

Señora: ¡Vamos!

Svetlana: Lo rechacé. Me suplicó que me callara. Sólo quería que mirara esas imágenes. A cambio, me pasaba un sobre con dinero. Un juego que se desarrolló por años. Su vida no ha sido mejor que la mía, Señora.

Señora: ¿Y por qué mi marido habría necesitado de una empleada doméstica, y fea como tú? Habría podido pagar una prostituta. En aquel tiempo, el dinero no le faltaba...

Svetlana: No lo sé. También me lo pregunté muchas veces. Después no me pregunté más nada. No me pregunté más el por qué de tantas cosas. Me dejé trasportar por los años, como un insecto sin patas sobre una hoja, tratando de no ahogarse en un río. Sobreviví, hasta que un día desaparecí de mi propia vida. Me miro y veo una máscara. Debajo está mi vieja cara, se entiende que fui yo una vez, pero no soy yo. Los cabellos, la piel. Todo se descompone debajo de la máscara, día a día. Veo sólo ojos de perro. Agradecidos, estúpidos, hundidos, asustados. No sé por qué lo hacía Señora. Tal vez, porque todo tiene un precio, como usted dice.

Señora: Y tú, mujer hipócrita, nunca me dijiste nada.

Svetlana: Usted no quería saber nada. De nadie ha querido saber. Ni de su jija, ni de su marido, ni de mí.

Yo sé todo de su vida, de sus costumbres. Conozco la forma de su cuerpo, lo vi apagarse, envejecer. Conozco sus gustos, sus temores. Usted no sabe nada. No sabía ni que tuviera una hija. Todo lo que siempre ha esperado de los otros es su programa. Fui las manos que limpiaban sus zapatos, años tras años. Fui las rodillas, para raspar los pisos, el brazo discreto, sobre el cual apoyarse. Llené su vacío y el mío, hasta que llegué a ser el vacío. ¡Pero sabe qué es lo raro? Que esta sensación de vacío me gusta. Me hace sentirme segura. Tiene razón, Roxana. Es estar como en un acuario. Nado en el silencio, y me parece estar en paz... En realidad, nado yéndome al fondo, pero no me importa. Después de años de oscuridad, mis ojos no soportan más toda la luz que hay en la superficie. Mis oídos no soportan los ruidos. Así continúo mi descender al fondo, en el silencio, con la paz de los condenados en el corazón. Es la ventaja de seguir un programa. Siempre alguien, por ti. Siempre hay algo que presenta un nuevo punto en el acuario, que capta la atención. Pero, Señora, yo he terminado ¿Lo ve? El piso está lo más limpio posible de limpiar. Las tazas, lavadas hasta perder su color azul. El baño está immaculado, y sus batas de baño están planchadas. Pienso que puedo de nuevo salir.

Señora: No ha terminado. No podrá terminar jamás. ¿Catalina, dónde vas? ¿Dónde piensas ir?

Svetlana: A mi casa.

Señora: Tú no tienes casa.

Svetlana: La tendré. Empezaré de nuevo.

Señora: Tu hija robó mis joyas.

Svetlana: Me despido señora.

Señora: Pásame el teléfono.

Svetlana: ¿A quién quiere llamar?

Señora: A la policía.

(La Señora toma el teléfono, marca un número. Svetlana duda)

Svetlana: No puede hacerlo.

Señora: Puedo. Una muchacha embarazada con esas joyas en el bolsillo es un blanco muy fácil de apuntar. El teléfono. A menos que...

Svetlana: ¡No!

Señora: Sí. (Al teléfono) ¡Aló! Quiero hablar con alguien para hacer una denuncia.

(Svetlana le da el dinero. La Señora cuelga)

Quédate tranquila, no tengo la intención de tomarlos. Considérame tu caja de fondo. Cuando muera, podrás recibirlo de nuevo. Pero, lo siento por ti, porque espero vivir todavía algunos años. Adelante. Vamos. La vida es dura, allá afuera.

(La Señora aferra el dinero)

Svetlana: Para siempre.

Señora: Como un matrimonio. No, talvez el nuestro fue más que un matrimonio. Sonríe. No quiero ver caras tristes a mi alrededor. Olvida el pasado. Haz como yo. Una llamada telefónica, un golpe de polvos, una taza de té y la vida continúa. Es horrible, pero es todo lo que nos presenta el menú. Lo que ha sido, ha sido... Yo no creo en fantasmas. ¡Adelante! ¡Sonríe! Así. Cierra las ventanas. Está por obscurecer y no quiero que esos monstruos suban desde el jardín. Asómate, antes de cerrar las persianas. Mira si ves a Amadeo, afuera.

(Svetlana se asoma a la ventana)

Svetlana: Está todo oscuro.

Señora: Mira mejor.

Svetlana: Quizás veo algo. Sí, algo en la calle. En el centro. Parece que es él, no se mueve. Alguien se le acerca. Lo toca con la punta del pié. Pero él, no reacciona. Está allí, inmóvil.

Señora: Son ellos. Anda a buscarlo ¡Ahora! Anda a buscarlo. (Svetlana sale)

Señora: Esta ciudad se ha convertido en un asco. No puedes salir de casa. Hediondez y mugre por todas partes. Un paisaje humano devastado.

(Debajo de la mesa, el Fantasma de la Hija, con una máscara, se aferra los pies de la vieja)

Fantasma de la Hija: Mamá. Mirame mamá. Mirame. No me dejes aquí abajo. Quítame esta máscara de salud y mira al fondo de mis negras ojeras, si me miras, aunque sea sólo una vez desapareceré para siempre y no te pellizcaré más los pies, y no te morderé los tobillos. Solo una vez. Una vez, Una...

(Suelta la presa, desaparece)

Señora: Sólo en la propia casa se está al seguro.

10) TERMINA EL PROGRAMA.

(Vuelve Svetlana. Trae en las manos el cuerpo del papagayo)

Svetlana: Está muerto.

Señora: ¡Amadeo! Mi pequeño tesoro... Ponlo aquí.

(Svetlana lo deja sobre la mesa. La Señora lo toca con la punta del bastón)

Señora: ¿Estás segura que está muerto?

(Las dos mujeres miran el cuerpo sin vida del papagayo. Svetlana rompe a llorar)

Señora: ¡Por Dios! No creía que estuvieras tan ligada a ese animal. (Lo toca con la punta del bastón)

No, no hay nada que hacer. Está muerto. No puedo verlo. Sácalo. Quítalo de mi vista. Toma una bolsa de basura y bótaló. Saca de una vez, esa horrible máscara, y bota también los vestidos de la negra. Bota todo el pasado. Debemos avanzar... Como lo dice el programa. Mañana nos espera un día muy duro, regresa mi hijo, por lo demás le he prometido una gran cena a ese imbécil. Démosle lo mejor de nosotras Catalina.

(Suena el celular. Contesta Svetlana)

Svetlana: Svetlana no está. Ha muerto.

(Svetlana abre el armario, saca bolsas de plástico y hojas de diario. Envuelve al papagayo en las hojas de diario. Lo mete en una bolsa. Comienza a vaciar el armario, mete los vestidos en la bolsa de basura. La Señora husmea el aire)

Señora: ¿No sientes de nuevo ese olor?

Svetlana: No Señora.

Señora: Debemos llamar al gáster para que eche una mirada a las cañerías.

(Pausa)

Señora: Decir esas mentiras sobre mi hija y mi marido. Me has herido Catalina. Pero te perdono. Como lo haría una madre con su hija.

(Svetlana llora en silencio)

Oscuridad.